

No me toques
Andrea Camilleri



Índice

Portada

5 de junio de 2010

7 de junio de 2010

8 de junio de 2010

9 de junio de 2010

6 de junio de 2010

7 de junio de 2010

23 de marzo de 2005

7 de junio de 2010

9 de junio de 2010

10 de junio de 2010

11 de junio de 2010

11 de junio de 2010

12 de junio de 2010

10 de marzo de 2000

Sin fecha

2 de septiembre de 2009

13 de junio de 2010

14 de junio de 2010

14 de junio de 2010

15 de junio de 2010

15 de junio de 2010

16 de junio de 2010

17 de junio de 2010

18 de junio de 2010

18 y 19 de junio de 2010

20 de junio de 2010

20 de junio de 2010

21 de junio de 2010

10 de enero de 2010

15 de mayo de 2010

22 de junio de 2010

23 de junio de 2010

24 de junio de 2010

25 de junio de 2010

25 de junio de 2010

The Cocktail Party, de T. S. Eliot

26 de junio de 2010

26 de junio de 2010

27 de junio de 2010

29 de junio de 2010

29 de junio de 2010

30 de junio de 2010

1 de julio de 2010

1 de julio de 2010

4 de julio de 2010

3 de julio de 2010

3 de julio de 2010

5 de julio de 2010

Nota

Créditos

**Gracias por adquirir
este eBook**

Visita **Planetadelibros.com**
nueva forma de disfru

**¡Regístrate y acced
exclusiv**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas novelas
Clubs de lectura con recomendaciones
Concursos, sorteos y regalos
Participa en presentaciones

PlanetadeLil

Comparte tu opinión en
nuestro blog
y en nuestras redes



Explora

Descubre

5 de junio de 2010

—¿Diga?

—Mattia...

—¿Cómo estás, cariño?

—Ahora mejor, la casa por fin está a una temperatura agradable y he podido

trabajar. ¿Desde cuándo no veníamos?

—Déjame pensar... Desde enero.

—También he tenido que limpiar un poco. Había polvo por todas partes.

—¿Has cenado?

—Sí.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—¿Ha pasado el lebeche?

—Casi del todo. Ahora voy a dormir un poco.

—¿Me llamas por la mañana?

—¿A las nueve te va bien?

—Muy bien.

—Buenas noches, Mattia.

—Buenas noches, cariño.

7 de junio de 2010

—No, no, absolutamente normal...

—Piénselo bien. Hasta el más mínimo detalle, aunque a usted le parezca irrelevante, a nosotros puede sernos útil.

—¡Pero imagínese si no he pensado y he vuelto a pensar! De día y de noche, ya no consigo ni dormir. Yo, se lo repito, no he notado nada anormal... Y nunca he sido un marido desatento, créame. Aunque en los últimos dos o tres días le había venido un lebeche más fuerte de lo habitual...

—No lo he entendido, perdone. ¿Ha dicho lebeche? Pero ¿el lebeche no es el viento del desierto?

—Perdóneme usted, sí, es el viento del desierto; he empleado una palabra de nuestra jerga familiar. Decía que tenía el lebeche, vaya a saber por qué lo llamaba así, cuando no le apetecía hacer

nada y se quedaba durante horas en la cama mirando el techo. En silencio y de mal humor, ¡ay de ti si la molestabas! Se aislaba por completo del mundo exterior, no hablaba ni conmigo. Desconectaba, como suele decirse. Le ocurría al menos una vez cada dos meses; luego, al cabo de unos días, se le pasaba y volvía a ser...

—¿Qué causaba esos cambios de humor?

—Nada en concreto.

—En resumen, una cuestión de carácter.

—No exactamente. No siempre fue así.

—Entonces, ¿cuándo comenzó?

—Esta historia del lebeche pienso que era una manera de obtener una total concentración; estaba en la cama y escuchaba...

—¿Qué escuchaba? ¿Música?

—No, no, se escuchaba a sí misma, sus pensamientos, su cuerpo. En efecto, el lebeche le empezó hace un año y medio, cuando decidió dar el gran paso y escribir su primera novela...

—¿Ella también?

—¿Se asombra? ¿Qué le parece tan extraño? Habríamos sido la típica pareja de escritores... Hay tantas... Moravia y Morante, por ejemplo.

—¿Cómo se conocieron?

—¿Sabe?, recibo decenas de manuscritos de autores desconocidos que me piden que les escriba dos líneas de presentación para un editor... En general, cosas ilegibles. Laura me mandó unas poesías que no estaban nada mal, pero nada mal, para que le diera mi opinión... Le contesté de forma positiva, ella se alegró y me pidió una cita. Me enamoré de ella en cuanto la vi entrar en mi estudio. Un verdadero flechazo. Como le sucedió al pobre Carducci con Annie Vivanti... Incluso ahora Laura es tan bella como entonces.

—¿Cuándo se casaron?

—Hace cuatro años. Cuatro años y tres meses, para ser exactos.

—¿Hijos?

—No quiero tenerlos.

—¿La señora opina lo mismo?

—Creo que sí.

—¿Qué significa «creo»?

—Creo significa creo. Si no le gusta el verbo, lo cambio de inmediato. ¿Le parece mejor «pienso que sí»?

—No se altere, no pretendía...

—No me he alterado. ¿Decía...?

—¿No lo han hablado entre ustedes?

—¿El qué?

—Tener o no tener hijos.

—No.

—Me parece extraño.

—Tampoco en este caso hay nada de extraño. Mire, antes de que nos casáramos le dije a Laura que no quería hijos, y ella no... no tuvo ninguna reacción, eso es todo. Y desde entonces no ha vuelto a tocar este tema.

—Permítame una curiosidad. ¿Por qué usted está tan decidido a no...?

—Demasiada diferencia de edad. Trate de entender. Cuando nos casamos, Laura tenía treinta y un años, y yo, sesenta y cinco. Habría podido ser su... Si hubiéramos tenido hijos, habría sido un padre-abuelo. Lo encontraba absolutamente ridículo, y aún pienso lo

mismo.

—¿Quién fue, de los dos, el que propuso que se casaran?

—Yo.

—¿La señora aceptó enseguida?

—Sí.

—Por tanto, de inmediato se...

—No de inmediato.

—¿Por qué?

—Laura me pidió sólo que retrasara un poco el anuncio oficial a los amigos.

—¿Con qué fin?

—No quería seguir arrastrando a nadie.

—¿Se puede explicar mejor?

—No me resulta fácil.

—Lo siento, pero...

—Para mí es muy embarazoso.

—Debo insistir.

—Bien, Laura, como es tan guapa, es natural que haya tenido historias con varios hombres..., historias que no habían concluido en el momento en que decidimos casarnos..., no sé si me explico. Por eso pretendía ajustar las cuentas, cortar de forma definitiva.

—Entiendo. Quiso barrer con todo.

—Sí, ésa era su intención.

—Permítame entender mejor.

—Si no hay más remedio...

—¿Me está diciendo que alguna historia ha continuado incluso después

de su boda?

—Digamos mejor que hubo algunos coletazos que, sin embargo, gracias a la habilidad de Laura, no han turbado en absoluto la marcha de nuestro *ménage*.

—Por casualidad, ¿la señora le ha dado los nombres de estos... coletazos?

—Nunca. Ni yo se los he pedido. Había un pacto tácito. Sabía que, a pesar de que continuaba teniendo algún encuentro con estos hombres, su intención era romper con ellos. Como, en efecto, ha sucedido.

—¿Está seguro?

—Laura me ha convencido. Con hechos, no con palabras. Y no quiero

entrar en detalles.

—No se los estoy pidiendo.

—Perdone.

—¿Qué le parece si recapitulamos?

—Como quiera. ¿Desde el principio?

—Sí.

—Pues... Anteayer, después de haber desayunado solo porque Laura se había quedado en la cama, entré en su habitación para ver cómo estaba y la encontré levantada y vestida de punta en blanco.

—¿Duermen en habitaciones separadas?

—No habitualmente, sólo en los días

del lebeche. Como le decía, la encontré vestida y con la maleta casi hecha. Me dijo que había decidido ir a pasar algunos días a nuestra casa de campo.

—¿Lo había hecho otras veces?

—Sí.

—¿Dónde está la casa?

—En Gonfalone, a dos horas en coche de aquí. La acompañé abajo hasta su automóvil, nos abrazamos, nos besamos y se fue.

—¿Cómo le pareció que estaba?

—Diría que serena.

—¿Estaban sólo ustedes dos en la casa?

—No, estaba también su vieja

asistente, Filippa.

—Continúe.

—A las cinco me llamó. Me dijo que había encontrado la casa en orden, aunque un poco húmeda, hasta el punto de que había encendido la calefacción y la chimenea.

—¿Dio señales de vida, después?

—Sí, a las nueve. Me contó que había trabajado de forma intensa en la novela, que el lebeche se le había pasado y que se iba a la cama cansada pero contenta. ¿Qué más? Había cenado, el congelador siempre está lleno, tenía mucho apetito. Quería levantarse temprano y volver a escribir. Nos dimos

las buenas noches y quedamos en llamarnos a la mañana siguiente. Sin embargo, me despertó el teléfono; miré instintivamente el reloj y eran las doce y media de la noche. Era un amigo francés. Quería comunicarme que se había enterado a través de una buena fuente de que me habían otorgado el premio a la mejor novela traducida en Francia. Una noticia buenísima. Así que llamé a Laura al móvil. Ella, cuando se va a dormir, lo deja siempre sobre la mesilla. Estaba apagado. Entonces la llamé al fijo. Sonó durante un buen rato, pero no contestó nadie. Lo intenté una y otra vez. Nada. Me preocupé. ¿Por qué

no respondía? ¿Estaba mal? O bien... ¿Sabe?, comencé a preocuparme, la casa está aislada y en estos tiempos que corren... Me vestí, cogí el coche y fui a Gonfalone. Lo primero que sentí al entrar fue la humedad. Los radiadores estaban gélidos, nadie había encendido la chimenea. Me quedó claro de inmediato que Laura no sólo no estaba en esa casa, sino que ni siquiera había llegado a ir...

8 de junio de 2010

IL MESSAGGERO

MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE LA
ESPOSA DE UN CONOCIDO ESCRITOR

Roma. – Ha desaparecido misteriosamente

Laura Garaudo, esposa del conocidísimo novelista Mattia Todini. El marido ha declarado a la policía que su mujer había partido en coche para pasar, sola, algunos días de reposo en su casa de campo en Gonfalone (Viterbo), pero nunca llegó a su destino. De momento, se ignora si se trata de una desaparición voluntaria. De todos modos, la policía descarta que haya sido un secuestro con el objetivo de pedir un rescate.

Sin embargo, tenemos la obligación de hacernos eco de un rumor que circula en los ambientes literarios de la capital: que la desaparición de Laura Garaudo no es más que un ingenioso recurso publicitario para el lanzamiento de su primera novela. Aun así, la

policía indaga en todas las direcciones.

9 de junio de 2010

—Hola, Michele.

—Hola, Carlo.

—¿Tomamos un café?

—Con mucho gusto. Pero
sentémonos fuera. Hace un día

espléndido... ¿Cómo está tu mujer?

—Bien, gracias.

—Hace tiempo que no nos vemos.

—Sí.

—Y, entonces, ¿por qué has sentido de repente la necesidad de verme? ¡No irás a decirme que me echabas de menos!

—¿Has sabido de Laura?

—Hay que ser sordo y ciego para no saber. Con todo el follón que está montando ese gilipollas de Mattia...

—¿Tendría que haber fingido que no pasaba nada?

—No digo eso, pero habría podido esperar algunos días antes de azuzar a la

policía, a los periódicos...

—Efectivamente, se ha excedido un poco.

—¿Un poco?

—Pero ¿tú no estás preocupado, Michele?

—¿Yo? ¡Imagínate! Camarero, dos cafés.

—Si fuera tú, me preocuparía.

—Pero no lo eres. ¿Me explicas por qué te interesa Laura? ¿Quieres escribir algo sobre ella en tu periódico?

—Sólo en el caso de que consiga recoger testimonios suficientes de quienes la han conocido...

—Pero ¿tú no has tenido una historia

con ella?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Laura.

—¿Te lo ha dicho Laura?

—Oye, Carlo, hace seis años que Laura y yo follamos. Hemos seguido haciéndolo incluso después de su boda. ¿Y sabes por qué duramos tanto? Porque, desde la primera vez, nos lo contamos todo. No nos escondemos nada.

—¿Y de mí qué...?

—¿Quieres saber qué me ha dicho de ti?

—Bueno, sí...

—Estábamos en la cama y de pronto

me espetó: «Ayer me llevé a casa a Carlo y follamos. Sinceramente, no sé por qué lo hice. No creo que lo vuelva a hacer». Palabras textuales.

—Y así fue. Después de aquella vez, ya no ha habido manera de repetir... Inamovible. Una roca. Por tanto, como ves, no puedo decir que la conozco como tú.

—¿Qué quieres saber? Lo más interesante que podría contarte no creo que pudieras publicarlo.

—Algo sobre su carácter, por ejemplo...

—Es una derrochadora.

—¿Te refieres al dinero?

—Al dinero no le da ninguna importancia. Si no lo tiene, no se preocupa; si lo tiene, se lo gasta. Para ella, como es natural, pero la mayor parte lo dona o finge prestarlo a quienes más lo necesitan, aun sabiendo que nunca se lo devolverán... La he visto prestar dinero a personas que había conocido media hora antes... y a las que sin duda no vería nunca más. Eso es generosidad, tan extraordinaria como se quiera, pero generosidad al fin y al cabo. O quizá generosidad no sea tampoco la palabra justa. Nunca le he preguntado si era creyente o no, pienso que no lo es, aunque aplica al pie de la

letra el precepto «Ama al prójimo como a ti mismo». Creo que se trata precisamente de eso, amor al prójimo, si bien no se da cuenta. No, cuando digo despilfarro me refiero a lo que ella hace de sí misma.

—¿Podrías...?

—Sí, me explico mejor. Laura se enamora con facilidad.

—¿Te refieres a los hombres?

—Se enamora de hombres, de niños, de empresas utópicas... Entonces se entrega totalmente, se da por completo, a ciegas; y muy a menudo, cuando se percata de que se ha regalado en vano, acaba triste y disgustada. Las heridas

profundas de algún modo las consigue esconder, disimular... Pero si le hacen más daño del habitual, entonces se acuesta y permanece días enteros en la cama sin querer ver a nadie. Por completo aislada. Está lamiéndose las heridas. Sin embargo, de esas heridas no aprende nada, es más, ni siquiera han cicatrizado cuando ya está lista para volver a comenzar, para zambullirse de cabeza.

—¿Estás seguro de que me estás hablando de Laura, Michele?

—Y ¿de quién si no?

—No me parece que...

—Ésta es la Laura que yo conozco y

a la que amo.

—No me convences.

—¿Por qué? Según tú, ¿cómo es?

—Me equivocaré, pero a mí, y no sólo a mí, siempre me ha parecido una mujer superficial, voluble, sin sentimientos, bastante promiscua, en absoluto instruida...

—¿Sabes que es licenciada?

—¡¿Qué me dices?!

—Estudió en Bolonia y se licenció en Historia del Arte con una tesis sobre Fra Angelico. *Cum laude*.

—¿No me estás contando una trola?

—Después de mucho insistir, me la ha dejado leer. En verdad notable. Muy

aguda. Su profesor estaba entusiasmado, la quería como asistente, pero ella se negó.

—¿Por qué?

—Porque en esa época estaba locamente enamorada de un cadete de la Academia Naval de Livorno y se trasladó allí para estar cerca de él. Y también he leído algunas otras cosas tuyas. Poesías, cuentos breves.

—¿Cómo son?

—Darías el culo por escribir como ella. Fui yo quien le aconsejó que le mandara las poesías a Mattia. Pero no podría ni haber imaginado las consecuencias.

—¿Puedes decirme algo más?

—¿Lo que te he dicho no te basta?

—Sí, pero es tan inesperado que...

—... que no es publicable. Echaría

por tierra la opinión que todos tenéis y queréis seguir teniendo de ella.

—O sea...

—La de una arribista que se ha casado con un ilustre escritor para publicar fácilmente la novelita que está escribiendo y tener el apoyo de los amigos críticos. ¿No es así? ¡Responde!

—Bien...

—¡Habéis llegado incluso a suponer que su desaparición es un truco publicitario!

—Admitirás que...

—Yo no admito nada. Todos os estáis equivocando por completo con Laura. ¿Sabes cuál es la verdad de su matrimonio con Mattia?

—Dímela.

—Ha encontrado a alguien que es lo contrario de su padre. Este último era un hombre que estaba demasiado concentrado en sus negocios, que la descuidaba y que nunca creyó en su talento artístico. ¿Te ríes?

—¡Pero si tú mismo, hace un momento, has definido a Todini como un gilipollas! Todini ha sido un gilipollas al casarse con ella, ¡nada de sustituto

del padre!

—Adiós.

—¿Qué haces, te vas? Venga,

Michele, ven aquí, no seas imbécil...

6 de junio de 2010

—Buenos días, Mattia. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—Yo he dormido como un tronco. Ahora la casa está bien caliente.

—¿A qué hora te has levantado?

—Temprano, muy temprano. Cuando he abierto la ventana, ¡qué maravilla! ¡Qué aire tan fresco y limpio! ¡Qué silencio! Me he sentido renacer.

—¿Has trabajado?

—Sí, mucho, y con una especie de felicidad que no sentía desde hacía tiempo. Quiero decirte algo.

—Dímelo. ¿Es algo desagradable?

—No, al contrario. Ayer por la tarde, antes de dormirme, pensé en ti, en nosotros dos. Y de pronto, como un relámpago, entendí todo el amor que siento por ti. ¿Mattia? Hola...

—Estoy aquí.

—Creía que...

—Laura, ¿por qué te has ido?

¿Hola? ¿Estás ahí? Laura...

7 de junio de 2010

—... Entonces, ¿qué hizo?

—De forma instintiva, en cuanto comprendí que no había puesto el pie en aquella casa, la llamé al móvil. Por las dudas, o quizá porque aún no entendía lo

que estaba sucediendo, fui al garaje para ver si encontraba su coche. Naturalmente no estaba. Fue un gesto absurdo, pero no podía creer que Laura... Volví a entrar, encendí la calefacción, fui al dormitorio, sobre el somier sólo estaba el colchón. Tenía una gran confusión en la cabeza, me flaqueaban las piernas y me acosté vestido, con una manta encima. No conseguí pegar ojo.

—Dado que el móvil de ella estaba apagado, ¿no pensó en mandar un mensaje a su señora?

—Lo pensé mucho, fue una de las primeras cosas que se me ocurrió hacer.

Luego me convencí de que era mejor que ella no supiera que yo lo sabía.

—Por tanto, me parece entender que usted estaba conjeturando una desaparición voluntaria.

—Sí y no. Era una de las hipótesis posibles.

—¿Tenía otras?

—En realidad, sentía curiosidad por saber si me telefonaría, como me había prometido, y sobre todo qué me diría. Oírla..., oírla... mentir con tanto descaro... Ésa era una Laura que no conocía.

—¿Llamó?

—Poco después de las nueve de la

mañana.

—¿Qué le dijo?

—Prosiguió con la comedia: que había dormido como un lirón, que se había levantado temprano, que había disfrutado del aire fresco de la mañana, que había vuelto a escribir...

—¿Y usted la dejó hablar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Su voz estaba llena de... entusiasmo, eso es...

—Explíquese, por favor.

—Tenía la voz de la novedad. La que le salía ante un nuevo conocido que le interesaba o cuando se dejaba

implicar en situaciones particulares...

—¿Está hablando de conocidos y de situaciones, llamémoslos, de tipo sentimental?

—También, pero no únicamente.

—Veo que usted sabe controlarse.

¿Y luego?

—Sólo la interrumpí cuando me dijo una frase... íntima, la primera cosa de verdad.

—¿Puede repetírmela?

—Dios mío...

—Venga...

—«Ayer por la tarde hubo un momento en que, como un relámpago, entendí todo el amor que siento por ti.»

—¿Le dijo eso?

—Exactamente.

—¿Y luego?

—Y luego ¿qué?

—¿Qué hizo?

—¿Qué quería que hiciese? Creo, digo creo porque no estaba muy lúcido, que cerré la puerta de casa y entré en el coche para volver. Estaba muy trastornado, confuso.

—Escuche, señor Todini, quiero hablarle con franqueza. ¿Usted se daba cuenta de que cuando su mujer pronunciaba esas palabras tenía, con toda probabilidad, al lado a un hombre con el que había pasado la noche?

—Claro que sí. Dolorosamente, tenía conciencia de ello. De hecho, fue entonces cuando la interrumpí.

—¿Qué le dijo?

—«Laura, ¿por qué te has ido?» O algo similar.

—¿Y la señora?

—Después de un instante de silencio colgó, y ya no conseguí ponerme en contacto con ella.

—Señor Todini, perdóneme de nuevo la sinceridad. Es muy probable..., es más, seguro que se trata de una desaparición voluntaria. La señora es mayor de edad, y nosotros, aunque la halláramos, no podríamos hacer nada, ni

siquiera si usted la denunciara por abandono del techo conyugal. En pocas palabras, no podríamos devolverla a casa. Lo que podemos hacer, de manera del todo excepcional, es tratar de localizar a su mujer y mantenerlo en todo momento al corriente de los pasos que damos. Como es natural, nos moveremos con mucha discreción. ¿La señora se ha llevado sus documentos?

—Sí. También el pasaporte.

—¿Dinero?

—No creo que tuviera más de trescientos euros. Pero cuenta con la tarjeta de crédito.

—¿Tienen una cuenta conjunta?

—No, cada uno tiene la suya.

—Ahora hágame el favor de darme una foto de la señora, el modelo del coche y el número de la matrícula, y, si es posible, el número del pasaporte y el nombre de algún... amigo íntimo.

—No llevo fotos encima y no quisiera confundirme con los números. Oiga, ¿puedo traérselo todo más tarde?

—Cuando quiera.

—Le agradezco su infinita amabilidad.

23 de marzo de 2005

—Laura... Soy Marco. No, no cuelgues. Te lo ruego, escúchame. Mira, te juro, y sabes que si digo una cosa la mantengo, que después de esta llamada no volverás a oírme. Desapareceré de tu vida para

siempre. ¿Está bien? Pero te ruego que me dejes hablar sin interrumpirme. ¿De acuerdo? Me has escrito para decirme que te casarás con el viejo, has usado precisamente esta palabra, *viejo*, y que ya no quieres verme. Si creías que me dabas una sorpresa, te has equivocado mucho. ¿Me consideras un gilipollas? El reconocimiento por los servicios prestados me lo esperaba desde hacía tiempo. Sin embargo, debo decirte sinceramente que esta historia de la fidelidad matrimonial no está a tu altura, me parece un pretexto bastante estúpido. ¡¿Cómo?! ¿Desde que erais novios, por decirlo de alguna manera, has seguido

follando conmigo como si no pasara nada y ahora que debes casarte te vienen los escrúpulos morales? No creo que tú sepas ni siquiera el significado de la palabra *escrúpulo* y del adjetivo *moral*. Te quiero contar algo que nunca te he dicho. Una tarde estábamos en tu casa y tú, al vestirte, te pusiste sólo el vestido y te quedaste desnuda de cintura para abajo. Quizá viste algo en mi mirada, porque te sentiste en el deber de decirme que total, ya no ibas a salir. No sé por qué, tuve una sospecha. Me despedí, bajé, subí al coche y después de un rato volví atrás. Frente a tu casa había un cafetín. Me senté y, después de

pasar media hora delante de tu portal, vi a Michele Doria. Llamó al portero automático, te asomaste, le sonreíste y abriste. Quizá ni siquiera te habías duchado. La verdad, querida mía, es que hace tiempo que te cansaste de mí, quieres cambiar de aires. La última vez, hace dos meses, para mí fue la prueba de fuego. Si te acuerdas, estuvimos dos horas desnudos en la cama sin hacer nada porque tenías el lebeche. Me habías contado que uno de tus primeros hombres, un ingeniero de la Agip que había estado en Libia, llamaba así a sus jornadas de aburrimento. Que en general presagiaban una ruptura. Que,

antes o después, ésta llegaba. Después de tu carta, he reflexionado mucho sobre nosotros dos y sobre ti. Tú nunca me has amado. Por lo demás, has sido tan decente que nunca me lo has dicho.

»Tu declaración más afectuosa, más cálida, fue que te sentías bien conmigo. Pero ¿sabes cuándo me lo decías? No mientras comíamos o mientras paseábamos o qué sé yo, no, me lo decías en la cama, después. Cuando estabas saciada y satisfecha. No es que estuvieras bien conmigo, deberías haber dicho que te hacía sentir bien. Yo era como un tranquilizante. Te daba la dosis justa. Pero a veces no te bastaba,

necesitabas otra y distinta. Como el día en que quisiste la doble dosis Marco-Michele. Y quién sabe cuántas otras veces lo has hecho. ¿Sabes qué? Cuando hacíamos el amor nunca pronunciabas mi nombre, nunca. Era un cuerpo concreto, eso sí, pero sin nombre. Quizá no hayas llamado por su nombre a ninguno de tus amantes mientras te dejabas follar. Mis labios, en cambio, en esos momentos no hacían más que repetir tu nombre.

»No se equivocaba tu amigo ingeniero. ¿Sabes por qué te sopla el lebeche? Porque tú eres el desierto. El viento hace desaparecer las huellas

apenas impresas sobre tu cuerpo. No creas que estas palabras están dictadas por el rencor, los celos u otra cosa. Nacen sólo de lo mucho que te he querido. Te deseo no que puedas encontrar la felicidad, sino que en tu desierto pueda ocurrir el milagro de un oasis.

»Adiós, Laura.

7 de junio de 2010

Apreciado doctor Maurizi:

Al volver a casa he empezado a encontrarme mal, por eso le envío lo que me ha pedido a través de nuestra asistente de confianza.

Además de una foto reciente de Laura, le doy el número del pasaporte, que transcribo de una fotocopia porque Laura se ha llevado el original, y también el número de matrícula de su Audi gris metalizado, del cual adjunto foto.

El nombre de la asistente es Filippa de Gregorio. Si quiere interrogarla, la puede encontrar en mi casa de las ocho de la mañana a las ocho de la tarde.

Vuelvo a repetirle que no conozco, y nunca he querido conocer, los nombres de los hombres con los que Laura ha tenido historias, sentimentales o no. Y menos aún de aquellos a los que ha

seguido viendo después de nuestro compromiso, los llamados coletazos.

Durante un cierto tiempo, antes de conocerme, tuvo una relación con el abogado Michele Doria, que es un colega mío. En el caso de que estimase útil hablar con él, le doy su teléfono y dirección.

Laura tiene una amiga íntima, Giulia Maltese. A estas alturas, Giulia no ha dado señales de vida ni yo la he buscado. Evidentemente, sería inútil que yo intentase hablar con ella, Giulia nunca me diría nada sobre los motivos de la fuga de Laura. La amistad o, si quiere, la complicidad que las une es

demasiado profunda.

Pero con usted no sé si tendría la misma actitud. Encontrará aquí, por tanto, su dirección; no tengo su número de teléfono.

Agradecido por cuanto está haciendo por mí y esperando recibir pronto noticias tuyas.

MATTIA TODINI

9 de junio de 2010

De Mattia, 333913084, 23.30 horas

Espero que tú puedas leerme no consigo
afrentar otra noche sin noticias tuyas da
señales de vida como quieras pero da señales

de vida dime que eres feliz con otro pero
dímelo que no te preguntaré por qué no te
pediré que vuelvas no te pediré nada sólo si
estás bien para mí esto es lo único que cuenta
yo soy como un sediento en el desierto te amo
te amo te amo como siempre te ruego
respóndeme y **falta texto**

10 de junio de 2010

—Yo, antes, cuando la señora era señorita, ya hacía de asistente, ¿sabe?, iba un día sí y uno no. Después, cuando se fue a casa del señor Mattia, me preguntó si quería ir con ella a tiempo

completo, que sería de las ocho de la mañana a las ocho de la tarde, ¿no? Y yo le dije que sí. Me pagaba bien.

—¿Sólo porque le pagaba bien? ¿No le resultaba simpática?

—No me resultaba ni simpática ni antipática. Era alguien que no fastidiaba, que nunca alzaba la voz, que si te equivocabas en algo no montaba un drama...

—Está bien. ¿Cuántos años hace que está al servicio de la señora?

—Siete.

—¿Usted se ha preguntado en estos días por qué la señora ha decidido marcharse de casa?

—Asuntos suyos.

—Claro que son asuntos suyos, pero yo le estaba preguntando si usted se ha hecho una opinión al respecto.

—¿Y yo qué puedo saber de todo lo que la señora tiene en la cabeza?

—¿Cómo era la relación con el marido?

—A su manera, buena.

—¿Discutían mucho?

—¡Qué va! Él estaba colado. Le iba detrás como un perro. Y si ella alguna vez lo trataba como se trata a los perros, ¿no?, él...

—¿Cómo se trata a los perros?

—Señor mío, ya sabe cómo son los

perros, ¿no? Están siempre ahí, pegados, mirándote, que si ahora quieren una caricia, una golosina... Entonces, cuando te fastidian, les das una patadita, un empujoncito, les gritas, les dices vete a la caseta. Si la señora le hubiera dicho que se comiera una lombriz, él se la habría comido sin ni siquiera ponerle sal.

—Oiga, cuando la señora estaba de mal humor y se pasaba días enteros en la cama, ¿recibía a alguien en ausencia del señor?

—Sí. Cada tanto llamaba a su amiga del alma y ella llegaba a la carrera. Cerraban la puerta y buenas noches.

—¿Qué quiere decir?

—Que se pasaban tres horas hablando sin parar.

—El señor Todini me ha dicho que la mejor amiga de la señora es Giulia Maltese. ¿Es ella?

—Sí.

—¿Hombres?

—Nunca. Sólo la señora Giulia.

—Ahora le haré una pregunta a la que me debe responder con absoluta sinceridad.

—Yo siempre soy sincera. Soy así de naturaleza.

—Cuando la señora aún no estaba comprometida, ¿recibía en su casa a

hombres que se quedaban a pasar también la noche?

—Bien, sí. ¿Y qué quiere hacerle ahora? ¿La quiere mandar a chirona? Era libre, mayor de edad, ¿no?, no tenía que dar cuentas a nadie... Si es por eso, se lo digo todo. Algunas mañanas me telefoneaba para decirme que no fuera porque estaba ocupada, y las veces que no podía ir de mañana, sino después de comer, debía llamarla para saber si tenía vía libre o no... No sé si me explico.

—Se ha explicado muy bien. Pero yo simplemente quería saber si la señora, después de haberse comprometido y luego casado, cambió de costumbres.

—No entiendo.

—¿Siguió frecuentando hombres?

—En casa, no.

—¿Y fuera?

—¡Y yo qué sé de lo que hacía fuera!

—¿Salía a menudo?

—Al menos cuatro veces por semana.

—¿A qué hora salía y cuándo regresaba, por lo general?

—Pues se sentaban a la mesa, ¿no?, comían, después el señor se iba al estudio que tiene en el edificio de al lado; ella se maquillaba y salía a las tres, máximo a las tres y media. Volvía

casi siempre a las siete y media, antes de que el señor llegara a casa. Otras veces, en cambio, tardaba.

—¿Cuánto?

—No lo sé porque a las ocho me voy. Pero...

—¿Pero?

—También se ha dado el caso de que algunas noches no ha vuelto. Se veía por la cama que el señor había dormido solo.

—Y, cuando eso ocurría, ¿cuál era el humor del señor Todini?

—No se puede decir que estuviera contento.

—¿Ha sucedido en otras ocasiones

que la señora se marchara?

—Sí, a veces, cuando se iba a la campiña, a Gonfalone.

—¿Y cuánto se quedaba?

—Quizá dos o tres días...

—¿Recuerda que ocurriese algo extraño, inusual, en los días previos a que se marchara la señora?

—Bien, algo hizo.

—Es decir...

—Hacía algunos días que estaba en la cama, ¿no?, y una tarde, cuando el señor se había ido, ella me llama. Voy y la encuentro lista para salir. Acompáñame. Está bien. Subimos al coche y fuimos a su casa.

—Un momento. ¿Qué casa?

—En la que vivía antes.

—Pero ¿no estaba de alquiler?

—No, es suya. Se la había comprado su padre.

—¿Y ella la mantuvo siempre sin alquilar?

—Sí.

—Es extraño.

—Quizá le servía para ir de manera ocasional. De hecho, cuando entré vi que no había polvo, la cama estaba hecha, todo limpio, no parecía deshabitada.

—¿Qué hizo una vez que llegaron?

—Se puso a buscar una especie de

libro... No lo encontré... Me pidió que la ayudara y lo puso todo patas arriba... Después recordó que podía ser que estuviera en el altillo, dentro de una cesta... Me explicó cómo era... Tuve que trepar... Saqué un montón de tonterías y al final lo encontré. Lo cogió y volvimos a la casa del señor. Me ordenó que no le dijera nada a su marido.

—¿Recuerda de qué trataba ese libro?

—No era un libro, le digo, no estaba impreso, estaba escrito a máquina. Me dijo que era lo que había hecho para obtener la licenciatura en Bolonia... Era algo sobre Sant' Angelo, me parece.

—¿El castillo Sant' Angelo?

—No, el castillo no tiene nada que ver... Era un santo... No, un beato, eso es. El beato Angelo.

—¿Fra Angelico?

—Sí, sí, precisamente él.

—¿Ha vuelto a ver ese libro después de que se fuera la señora?

—Se lo ha llevado con ella, estoy segura.

—¿Algo más?

—A la mañana siguiente salió de nuevo, podían ser las nueve, y volvió al cabo de dos horas. Me dijo que había ido al banco y también esta vez me ordenó que no hablara de ello.

—Por casualidad, ¿sabe qué banco era?

—Sí, el Crédito Cooperativo. Que está a veinte metros de la casa del señor. ¿Le puedo decir algo?

—Claro.

—La señora, a su modo, quería al señor. Pero mucho, ¿sabe?

11 de junio de 2010

—¿Diga?

—Buenos días. ¿Estoy hablando con la secretaría de la Universidad de Bolonia?

—Sí. ¿Quién está al teléfono?

—Soy el comisario Luca Maurizi, de la Jefatura de Roma.

—Buenos días. Dígame.

—Lamento la molestia, pero necesitaría una información urgente.

—A su disposición.

—Quisiera saber el título de una tesis de licenciatura que se remonta probablemente al curso académico 1997-1998...

—¿Probablemente? ¿No lo sabe con exactitud?

—No.

—¿Puede decirme el nombre del graduando?

—Laura Garaudo. Sé que no se lo

pongo fácil, pero...

—Ningún problema, comisario. Por suerte, hemos informatizado el archivo. Pero espere al aparato porque debo preguntar a la compañera que se ocupa de ello.

—Tranquila.

—Comisario...

—¿Sí?

—He aquí los datos que necesita. Como ve, hemos tardado poco, el año era el correcto. El título de la tesis de Laura Garaudo es «Sobre los problemas de atribución de los frescos de Fra Angelico en el convento de San Marcos, en Florencia». *Summa cum laude*.

—¿Quién era el director?

—El profesor Soncini, Aldo Soncini.

—¿Aún da clases?

—Sí.

—¿Sería tan amable de darme, siempre que sea posible, el número de teléfono de Soncini?

—Si tiene la paciencia de esperar un minuto...

11 de junio de 2010

—¿El profesor Aldo Soncini?

—Sí. Soy yo. ¿Quién habla?

—El comisario Luca Maurizi.

—¿Comisario de qué?

—De la Jefatura de Roma.

—¡Por Dios! ¡Todavía con aquella historia!

—¿Qué historia?

—La querrela por difamación que el profesor Viterbi de la Sapienza me ha...

—No se alarme, profesor. No sé nada de esa querrela.

—Y, entonces, ¿qué quiere?

—Perdone, pero me interesaría saber algo sobre una alumna que tuvo hace algunos años.

—Sabe cuántas alumnas...

—Es una indagación reservada. Mucho. Que no lo implica de ningún modo, créame.

—Oiga, comisario, alumnas y

alumnos he tenido tantos que, usted lo entenderá, no puedo garantizarle que...

—¿Lo intentamos?

—Está bien.

—En la universidad me han dicho que esta alumna suya se licenció en el curso académico 1997-1998...

—Perdóneme, pero no se da cuenta... Cómo hago, a doce años de distancia, para...

—Espere. Usted era el director.

—¿Y bien...?

—La tesis versaba sobre las atribuciones de los frescos de Fra Angelico en el convento de San Marcos...

—¡Laura!

—Laura Garaudo, precisamente.

—¡Vaya! ¡Laura Garaudo! ¿Qué demonios ha hecho esa desgraciada?

—No ha cometido ningún delito, si lo pregunta por eso. ¿Cómo es que se ha acordado de inmediato?

—Porque Laura fue una alumna especial. De esas que aparecen una cada diez años.

—Una rareza.

—Así es. Aparte del hecho de que era muy hermosa, lo que nunca viene mal, también era muy inteligente, rápida, aguda. Y luego..., siempre sonriente, cordial con todos...

—Pero ¿su excepcionalidad en qué consistía?

—Tenía unas intuiciones fulminantes, fulgurantes, nos dejaban a todos perplejos, pero luego, a la prueba de los hechos, éstas se revelaban exactas. ¿Sabe?, no todos los frescos de San Marcos los pintó la mano de Fra Angelico... Es preciso tener ojo e intuición para las atribuciones. Podría haberse convertido en una experta de primer nivel.

—Y en cambio...

—Me decepcionó profundamente.

—¿Cómo?

—Yo quería que ampliara la tesis

para que, con mi ayuda, se la publicaran. También le pedí que se convirtiera en mi asistente, pero ella rechazó las dos propuestas.

—¿Por qué?

—Fue como si, de golpe, hubiera perdido todo interés por la historia del arte, por el estudio, por la investigación... No la dejé en paz hasta que me confió que se había enamorado de un cadete de la Academia Naval de Livorno y que se había ido a vivir con él... Había decidido convertirse en una madre de familia. Lástima.

—¿No me puede decir algo más?

—¿De qué?

—De su vida de cuando era estudiante. Créame, cualquier detalle me puede ser útil.

—No es que yo la tratase demasiado, ¿sabe? Nuestros encuentros eran de carácter académico y se producían en la universidad.

—Entiendo. Pero ¿usted recuerda a alguien, un amigo íntimo, un novio de aquella época, con quien yo pueda ponerme en contacto?

—No..., pero le digo una cosa. La apodaban «Noli me tangere».

—¿Por qué?

—*Noli me tangere* es el nombre de un fresco de Fra Angelico en San

Marcos. ¿Lo conoce?

—Sí. Pero no veo que...

—Era tan guapa que todos los muchachos, antes o después, lo intentaban con ella. Pero Laura, nada. Era sorda de aquel oído. Por eso la llamaban así. Además, Laura había tenido una de sus formidables intuiciones precisamente sobre aquel fresco.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Oiga, así, por teléfono, es un poco complicado. Le escribo esta misma tarde por correo electrónico. ¿Me da su dirección?

—Es usted muy amable, profesor.

12 de junio de 2010

—No entiendo a qué ha venido.

—Se lo he dicho por teléfono, ¿no?

A visitar la casa.

—¿Quiere hacer un registro?

—¡Qué dice!

—Usted emplea un verbo, «visitar», que sirve para quitar hierro...

—Señor Todini, yo no quito hierro a nada. Si hubiera tenido en mente registrar su casa, habría traído la correspondiente orden judicial.

—Está bien. Pero le pregunto: ¿con qué objeto desea usted efectuar el registro? Respóndame ¿Qué quiere encontrar? ¿Cree que tengo escondido en alguna parte el cadáver de Laura?

—Señor Todini, por caridad, ¿qué está pensando? Comprendo que esté nervioso y cansado, pero... esté tranquilo, por favor. Debe creerme si le digo que lo que estoy haciendo es muy

importante para la investigación. Si usted considera que mi comportamiento es irrespetuoso, diríjase al jefe de policía, como, por lo demás, ya hizo cuando la señora se marchó. Me alegraré si confían esta indagación a un colega más hábil que yo.

—Doctor Maurizi, le ruego que me disculpe. He tenido un pronto del que me avergüenzo. Perdóneme. ¿Por dónde quiere que comencemos? ¿Por nuestro dormitorio?

—No, esa estancia no me interesa. ¿La señora tenía una habitación propia donde se retiraba a escribir, a pensar?

—Sí, mi viejo estudio. Cuando

Laura vino a vivir aquí, se lo dejé a ella y yo alquilé un apartamento en el edificio de al lado.

—Eso es, quisiera ver sólo esa habitación.

—Sígame. Aquí estamos, póngase cómodo.

—¡Hermoso! Un Morandi..., un Carrà..., un Donghi...

—Veo que es un entendido. Laura se sentaba siempre delante de este escritorio.

—¿Usaba el ordenador?

—Sí.

—No lo veo.

—Se lo llevó. Aquí, en esta

estantería, están sus poesías, sus prosas...

—¿También la novela que estaba escribiendo?

—No, también se la llevó. Y en este armario está su correspondencia. Hasta la de hace veinte años, cuando era una chiquilla...

—¿Usted ha leído estas cartas?

—Nunca. Sólo leía lo que Laura quería que leyera. Oiga, doctor, yo debo marcharme, me esperan en el estudio.

—¿Puedo quedarme a mirar un poco más lo que tiene en la habitación?

—Como quiera. Es más, ¿sabe qué le digo? Que, si encuentra algo

interesante, puede cogerlo prestado. Si
sirve para la investigación...

10 de marzo de 2000

Tarento, 10 de marzo de 2000

Laura:

No he respondido de inmediato a tu carta ni a tus incontables llamadas

precisamente porque no podía, no estaba en condiciones de hacerlo. No es que me faltase el tiempo o la voluntad, pero cuanto me has escrito me ha trastornado tanto que ha hecho nacer dentro de mí un inextricable enredo de sentimientos contrapuestos que primero me ha postrado y luego ha terminado paralizándome. Ahora, cuando sobre todo este tempestuoso torbellino han prevalecido al final el disgusto (no encuentro otro término) y la piedad, estoy en condiciones de dirigirte la palabra. No para continuar un diálogo ya inútil, sino para interrumpirlo de forma definitiva.

Durante todo el período que hemos vivido juntos en Livorno hemos sido como Adán y Eva en el jardín del Edén. Hemos sido total y absolutamente felices. Aunque nunca te haya escondido mi perplejidad ante tu decisión de abandonar Bolonia y la brillante carrera que se te ofrecía para venir a vivir conmigo. Te lo confieso: no me sentía a la altura de tu gesto. Pero tú has sido inamovible. Y por eso, al fin, te he amado aún más de cuanto ya te amaba, más de cuanto pensaba que se pudiera amar a otra persona. Te he alcanzado atravesando también yo aquel límite que tú ya habías superado.

Cuando tuve que partir con el Vespucci, la nuestra no fue una dolorosa aunque momentánea separación, sino una profunda laceración, hasta tal punto nos habíamos convertido en un solo cuerpo.

Tras regresar de aquellos tres meses de crucero, desde la primera noche que volvimos a pasar juntos noté en ti una incomodidad, un indicio, no sé cómo definirlo, de que la pertenencia no era absoluta. Cuando te hablé de mi sensación me persuadiste de que era equivocada. Pero la cosa se repitió la noche siguiente y la otra.

Luego todo volvió a ser tan feliz como antes.

Fue entonces cuando comprendí la verdad. No, no había sido otro hombre, como había supuesto en un primer momento. Era tu cuerpo, que no sabía mentir y que simplemente me había dicho que se había olvidado de mí. Tu cerebro no, tu corazón no, pero el resto de tu cuerpo sí.

No pude traerte enseguida conmigo a Tarento cuando me destinaron aquí. Fue un gran error, lo reconozco. Nos hemos telefonado dos veces al día, por la mañana al despertar y por la noche antes de dormir. Luego llegó tu

llamada extraordinaria mientras estaba de servicio. Me dijiste, es más, gritaste, riendo y llorando de alegría, que estabas embarazada y que debía dejarlo todo y reunirme contigo de inmediato en Livorno para compartir aquel bellissimo momento. Profundamente turbado por la noticia, te respondí que no podía moverme y que era mejor que vinieras tú, iríamos a dormir a un hotel, dado que yo estoy alojado en el cuartel de la capitanía. Debíamos razonar sobre los pasos que íbamos a seguir. Tú te negaste, con obstinación, sosteniendo que una sórdida habitación de hotel no era el

sitio ideal para hablar de ese asunto tan importante para los dos. Aquella noche tuvimos una larga discusión telefónica. Yo te dije con sinceridad cuál era mi opinión, es decir, que, aparte del hecho no irrelevante de que no me sentía listo para la paternidad, la llegada de un hijo habría complicado aún más nuestra situación..., cómo decir..., logística. ¡Ábrete, cielo! Reaccionaste con extrema violencia, viendo en mi actitud una clara señal de desamor hacia ti. No era en absoluto así y traté de convencerte, pero en vano. No tienes ni idea de lo que me costó obtener un

permiso de veinticuatro horas para reunirme contigo en Livorno.

Por amor a ti, había decidido hacer lo que querías. Tendríamos el hijo. Y, cuanto más lo pensaba, más sentía nacer dentro de mí un novísimo ímpetu amoroso hacia ti. Ansiaba tener entre mis brazos tu cuerpo, que había hecho brotar mi semilla.

Pero en Livorno sucedió lo increíble. Al entrar, te hallé en el sillón mirando la televisión. Ni siquiera te levantaste para venir a mi encuentro, y cuando amagué abrazarte me dijiste: «No me toques». Y luego seguiste, con una voz sin inflexiones, que ya no

olvidaré: «Lo que te he dicho no es verdad, te he contado una mentira, no estoy encinta, sólo quería ponerte a prueba». Fue un mazazo, me flaquearon las rodillas.

Cuando te di la espalda y salí apresurado afuera, tenía un solo pensamiento en la cabeza: correr hacia la estación para coger el primer tren que me devolviera al sur. Quería huir, poner la mayor distancia posible entre tú y yo. Ya no tuve noticias tuyas hasta hace cinco días, cuando me llegó tu carta. Como si nada me escribes que fuiste a abortar a Suiza y, como prueba, adjuntas la cuenta de la

clínica.

Estaba abatido. Ni siquiera tenía voz para responder a tus llamadas. Y no entendía por qué insistías. ¿Querías contarme alguna otra mentira?

Te has burlado, de manera innoble, de mis sentimientos. Me has negado ferozmente aquella paternidad que ahora yo era feliz de aceptar. Has querido castigarme con crueldad por haber tenido algunos instantes de vacilación, por haber tratado de razonar sobre un acontecimiento que tú, en cambio, querías que aceptara con tu misma alegría.

Y ahora, si pienso en los días y en

las noches que pasé contigo, la sensación que experimento es de disgusto. Disgusto por tu cuerpo, incluso por tu voz. Me parece como si tuviera la piel aún impregnada de algo tan cenagoso, tan maloliente que hará falta tiempo para quitarlo.

No te odio, siento por ti una ilimitada piedad.

Una mujer que llega a hacerle a un hombre lo que has hecho tú no es una mujer malvada, sino una infeliz, una especie de enferma que no sabe controlar sus instintos, sus impulsos y que, es más, se deja gobernar con facilidad por ellos.

Espero equivocarme, pero ahora estoy convencido de que tú estás hecha así y es inútil tratar de cambiarte.

No creo que volvamos a vernos.

ERNESTO

P. D.: Te advierto que no pagaré el alquiler del apartamento de Livorno a partir del próximo mes y que no recibirás mi remesa mensual. Actúa en consecuencia.

Sin fecha

La GIOCONDA
Bar PASTELERÍA
Via Raciti, 18 - Roma

No te hagas la capulla conmigo, ¿has entendido, capulla?

¿A qué juego quieres jugar?

¿Por la noche te haces follar como una zorra que nunca tiene bastante y a la mañana siguiente vienes al bar, te sientas y me das órdenes?

De acuerdo que soy camarero y que debo servirte, pero ¿cómo es que nada te parece bien?

En ocasiones el café está frío, o el cortado tiene demasiada leche, otra vez te pusiste a chillar que había tocado la cucharita con la mano...

¿Tanto te divierte hacer de señora

cliente pretenciosa y tocapelotas con el sol y de puta con la oscuridad?

¿Quieres humillarme? El dueño ya me ha dicho dos veces que estuviera atento contigo.

Mira que si me echa es peor para ti.

Si me echa, ni de coña voy a verte por la noche.

¿Has entendido? Como tú, y tal vez mejores que tú, encuentro cuantas quiera. ¿Qué te crees, que tú sola lo tienes?

2 de septiembre de 2009

Roma, 2 de septiembre de 2009

Querida Laura:

Por desgracia, no podemos hablar en persona, tú tienes la gripe y yo debo

permanecer en la clínica otros cuatro días. El accidente ha sido aparatoso, me he descoyuntado un poco, pero, en resumen, no estoy tan grave como se había creído en un primer momento y ahora me estoy encaminando a una completa recuperación.

Quería decirte que hoy ha venido a verme Giacomo. No he podido rechazar su visita, era la tercera vez que me telefoneaba. Como es evidente, quería desahogarse. Y he tenido que resignarme y armarme de paciencia. Estaba desanimado, deprimido y sobre todo ofendido. Hablar le costaba mucho esfuerzo y en un momento dado

incluso he temido que se pusiera a llorar. En síntesis, no conseguía aceptar el modo brutal en que lo has liquidado. Me ha contado que lo telefoneaste diciéndole que no podías ir a verlo, como habíais acordado. Y ante su demanda de explicaciones le respondiste que habías tenido un ataque de diarrea y que, durante la noche insomne entre el váter y la cama, habías tomado la decisión irrevocable de no verlo más.

«¡Me ha cagado como a un capullo!», no hacía más que repetir, desolado.

Ahora bien, que Giacomo es un

capullo es incontestable, y de esto ya te había advertido cuando tú, como sueles hacer, te chiflaste ciegamente por él, pero me parece que te has encarnizado sin motivo.

Quiero ponerte en guardia. Estoy más que segura de que Giacomo, en cuanto se haya recuperado del golpe, volverá a la carga. Y, dado que es lo que es, usará cualquier medio. Ése es capaz de recurrir al chantaje, de hacer cualquier gilipollez, incluso de poner en peligro tu matrimonio. Si quieres oír mi consejo, telefonéale, dile que no te has dado cuenta de lo que decías, apacígualo. No te digo que te vayas de

nuevo a la cama con él, sino que lo tengas en ascuas, que le dejes entrever la posibilidad de que vuestra historia pueda reanudarse. En resumen, trata de ganar tiempo, luego se verá.

Te abrazo, esperando que el viento no sople tan fuerte.

GIULIA

13 de junio de 2010

De: Aldo Soncini

Para: Luca Maurizi

Fecha: 13 de junio de 2010

Asunto: Laura Garaudo

Apreciado doctor Maurizi:

Como le había prometido, le cuento la extraordinaria intuición que Laura tuvo la primera vez que, en mi presencia, vio el fresco *Noli me tangere*, de Fra Angelico.

Imagino que conoce el episodio, recogido en el Evangelio de Juan, del encuentro entre María Magdalena y Jesús, después de la Resurrección. María Magdalena se dirige sola, cuando aún está oscuro, a la tumba de Jesús, situada en un huerto, para llorar, desesperada, su muerte. Pero halla la tumba vacía. Asombrada, le pregunta a un hombre, que está allí presente y que ella cree que es el hortelano, si él ha cogido el cuerpo. Pero el hombre se hace reconocer llamándola por su

nombre. Es Jesús resucitado. De un salto, María Magdalena se precipita hacia él. Pero Jesús la detiene diciéndole: «No me toques». El movimiento de Magdalena es implícito, ya que en la versión del Evangelio al cuidado de Ricciotti, uno de nuestros máximos exégetas, se lee textualmente: «Jesús le dijo: “María”. Y ella, volviéndose, exclamó: “¡Maestro!”». Jesús le dijo: “No me toques...”». Como ve, no se dice de forma explícita que María Magdalena trató de tocar o abrazar a Jesús. Es muy probable que tuviese la intención, pero que Cristo se anticipase y la detuviese con sus palabras.

En otra versión del mismo texto de Juan, comentada por Marco Adinolfi, la situación, en

cambio, se narra así: «Y Jesús a ella: “¡María!”. Volviéndose, ella responde en hebreo: “*Rabbuni!*” [que significa «maestro»]. Jesús le dice: “No me aprietes así”.».

¡Aprietes!

Y por eso Adinolfi se apresura a comentar: «Tomado primero por el hortelano, Jesús se deja reconocer por la mujer, a la que exhorta a que no se abrace a sus pies».

Pero, de este abrazo a los pies, Juan no hace mención alguna.

Ahora bien, si usted mira el fresco de Fra Angelico, verá a Magdalena arrodillada, con el brazo derecho tendido hacia los pies de Jesús, pero con el brazo izquierdo más levantado que el derecho y con la mano entreabierta muy

cerca de la de Jesús. Mano, la de Jesús, que a su vez no parece hacer un decidido gesto de alejamiento. Todo lo contrario. Es como si la acabara de abrir para soltar algo que un momento antes había apretado.

Pues bien, Laura evidenció esta sustancial ambigüedad que expresa el fresco y enseguida exclamó: «¡Pero si ya se han tocado!». Y, cuando le pedí que me dijera qué quería decir, añadió que le parecía indudable que Fra Angelico había querido representar el momento inmediatamente posterior a aquel en que María Magdalena y Jesús se cogen de la mano.

Una simulación por ordenador de ese movimiento, efectuada con un programa

gráfico 3D, demostró que la intuición de Laura era plausible de forma absoluta.

Pero hay más. Recuerdo que pregunté a Laura por qué, según ella, Jesús y María Magdalena se habrían tocado sólo las manos.

No supo responderme.

Años después, tuve una respuesta a mi pregunta. No de Laura, de quien ya no sabía nada, sino de la lectura de uno de los Evangelios apócrifos. En uno de ellos (no recuerdo cuál y no tengo el libro a mano) se cuenta que María Magdalena, cuando se entera de la condena a muerte de Jesús, consigue verlo y le implora: «Dadme vuestras manos que tanto me han amado».

Por eso, cogerse otra vez de la mano

después de la muerte y de la Resurrección era una señal de continuidad. Una prueba más de que Laura había tenido una intuición tan brillante como cierta.

Ahora, mientras le escribo, me viene a la mente que le pregunté a Laura cuál era la interpretación que ella daba de la siguiente frase de Jesús: «No me toques, porque todavía no he ido a reunirme con mi padre». Y ella me respondió: «Porque aún tiene un cuerpo, porque aún es carne. El cuerpo es un peso del que debe liberarse antes de ascender al cielo». Pero ésta es una simple curiosidad que le refiero para completar el cuadro.

No quiero aburrirlo más y lo saludo formulando mis mejores deseos para su trabajo

con la esperanza de que me pueda dar, si lo estima oportuno, otras noticias sobre Laura. He leído, buscando en la red, acerca de su desaparición, y espero que pronto haya novedades tranquilizadoras.

Cordialmente,

ALDO SONCINI

14 de junio de 2010

—Buenos días. Póngase cómodo. Espero que su visita signifique que hay novedades.

—Alguna, ahora le contaré. Entretanto he venido a devolver tres

cartas que he cogido de la correspondencia de su mujer. ¿Se acuerda de que me había dado permiso?

—Desde luego.

—Aquí están.

—¿Quiere hacerme el favor de ir conmigo al estudio y ponerlas en su sitio?

—¿Ni siquiera quiere tocarlas?

—No es eso. Es que, si las tocara, estoy seguro de que no resistiría la tentación de abrir el sobre y de leerlas de cabo a rabo.

—Quizá haría bien.

—¿Le han sido útiles?

—En cierto sentido.

—¿Dan al menos alguna pequeña pista de qué la ha impulsado a esta fuga?

—En absoluto.

—¿Y entonces?

—Pero me han hecho entrever algunos aspectos de la personalidad de su mujer. Eso es.

—Si quiere coger otras...

—Gracias, con las que he leído ya tengo suficiente. Disculpe, pero debo volver a preguntarle algo de nuevo. Me ha contado que, cuando le dijo a su mujer que no quería tener hijos, ella no reaccionó.

—Así fue.

—No lo pongo en duda. Pero no

advirtió ninguna señal, aunque fuera mínima, de..., yo qué sé, desilusión, desagrado...

—Me pareció del todo indiferente a la cuestión. ¿Por qué? ¿Acaso en alguna carta se lamenta de ello?

—No, era una idea que se me había pasado por la cabeza. En estos días, ¿ha llegado correo para la señora?

—Nada.

—¿Llamadas?

—Según Filippa, sólo una. La telefonearon de su librería habitual, la querían avisar de que había llegado un libro que había encargado.

—¿Sabe de qué libro se trata?

—No, pero si quiere... Es la librería Aurora, en la calle paralela a ésta.

—¿La señora, que usted sepa, llevaba un diario o algo similar?

—Algo similar, creo. Pero no constituye un diario sistemático, cotidiano... Si algo le impresiona, ella tiene la costumbre de anotarlo.

—No lo he encontrado.

—No sé qué decirle. Es probable que se lo haya llevado consigo.

—O lo tiene en el otro apartamento.

—¿Cuál?

—¿Cómo cuál? El de su propiedad, donde habitaba antes de irse a vivir con usted.

—¿Aún lo tiene? Creía que lo había vendido. ¿Me está diciendo que a veces iba allí?

—De seguro una vez, acompañada por Filippa. Si fuera posible, quisiera echarle un vistazo a ese lugar.

—Por supuesto.

—¿Tiene idea de dónde pueden estar las llaves?

—Todas las llaves las guarda en una caja de metal en el primer cajón a la izquierda. Ábralo.

—Aquí está la cajita. Está vacía...

—Entonces, no sé cómo puede... Oiga, no quiero parecer descortés, pero ¿me cuenta esas novedades?

—Le rogué a un colega que hiciera una comprobación. Su mujer durmió en el hotel Columbus, de Florencia, la noche del 5 al 6; llegó pasada la medianoche con su coche, que dejó en el garaje del hotel, y volvió a partir al día siguiente.

—¿Estaba... sola?

—Sí.

—Casi habría estado más tranquilo si me hubiera dicho que iba acompañada. Me paso las noches haciéndome preguntas y más preguntas... Ya no consigo escribir... Pero por qué va por ahí..., así..., sin ningún motivo... ¿Qué le ha dado? ¿Sabe?, he hablado

con nuestro médico... Me había entrado la duda de que Laura no estuviera bien y me lo hubiera ocultado...

—¿Qué le ha dicho, si no es indiscreción?

—Que está perfectamente.

—De eso estaba convencido también yo.

—Y además me pregunto... Oiga, comisario, comprobando los movimientos de su tarjeta de crédito no se podría...

—Claro, lo he pensado de inmediato. No ha habido ningún reembolso con la tarjeta porque la señora ha retirado en persona todo el

depósito y ha cerrado la cuenta en su banco.

—¿Cuándo ha sido?

—La misma mañana que se marchó.

—Le han dicho cuánto...

—Casi ciento cincuenta mil euros.

¿Usted le daba una mensualidad a su mujer?

—En absoluto. Laura la habría rechazado.

—Entonces, ¿cómo es que tenía ese dinero?

—Era lo que le quedaba de la herencia paterna.

—De todos modos, es una buena suma. Si quiere, puede ir muy lejos. A

propósito, ¿cómo conduce?

—¿Laura? Conduce bastante rápido.
¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si partió de aquí a primera hora de la tarde, ¿cómo es que llegó a Florencia pasada la medianoche? ¿Hizo una parada intermedia? ¿O se quedó en Roma durante algunas horas?

—Lamento no poder serle de ninguna ayuda. Disculpe, ¿me permite una curiosidad?

—Dígame.

—¿Por qué ha pensado que mi mujer podía haber ido precisamente a Florencia?

—En fin..., digamos que ha sido una

buena intuición.

14 de junio de 2010

—¿Usted es el portero? Soy el comisario Maurizi.

—¿Qué quiere?

—Quisiera echar un vistazo al apartamento de la señora Laura

Garaudo. Tengo la autorización escrita del marido.

—¿Y...?

—La asistenta de la señora me ha dicho que usted tiene una copia de las llaves. ¿Me la puede dar?

—Ya no la tengo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que la señora me telefoneó para que se la diera a la agencia cuando vinieran a pedírmela. Vino un empleado y se la di.

—¿Se acuerda del nombre de la agencia?

—Sí. Se llama La Ocasión. Está a la vuelta de la esquina.

—Gracias.

—Buenos días. Estoy aquí por el apartamento de *via* Liberati, 15. Está en venta, ¿verdad?

—Sí, claro. Mire, hay que reformarlo un poco, pero es muy luminoso.

—¿Desde cuándo está en venta?

—Desde hace unos quince días. Ya tenemos algunos clientes interesados, pero si usted quiere visitarlo...

—Oiga, perdone, yo no estoy aquí como comprador. Soy Maurizi, de la Jefatura. No, no se alarme, sólo tengo un

par de preguntas.

—Claro, doctor, dígame.

—Según me consta, en el apartamento aún están las cosas de la señora Garaudo.

—Sí, la señora nos lo comentó. También dijo que esas cosas ya no tenían ninguna importancia para ella. Nos advirtió de que estaba a punto de hacer un largo viaje y que ya no iba a ser posible que nos pusiéramos en contacto con ella.

—¿Les ha dejado algún nombre al que dirigirse en el caso de que hubiera ofertas?

—Ya las ha habido. Es más, estamos

a punto de cerrar la venta.

—¿Me quiere decir quién representa los intereses de la señora?

—Sí. Espere un instante... Es el abogado Michele Doria. ¿Quiere el teléfono?

15 de junio de 2010

—No puedo más que agradecerle, abogado Doria, la sinceridad con la que me ha hablado de sus relaciones con la señora Garaudo.

—Si usted hubiera interrogado a

Laura sobre sus relaciones conmigo o con cualquier otro, esté seguro de que le habría respondido con la misma sinceridad.

—Ahora le pregunto: ¿usted sabía que la señora tenía la intención de dejar a su marido y marcharse?

—No tenía ni la más mínima sospecha.

—Por tanto, usted, que era el amigo más íntimo de la señora, ¿supo de la fuga a toro pasado?

—No exactamente.

—Explíquese.

—Vino a decírmelo en persona.

—¿Cuándo?

—Se presentó aquí la tarde del día 5.

—¿El mismo día de la desaparición?

—Precisamente. Eran cerca de las cuatro. Se había anunciado con una llamada.

—Deje que lo entienda bien. Una vez que salió de casa, antes de emprender el viaje, ¿acudió a verlo?

—Exacto.

—Por tanto, ¿usted es el último conocido con quien ha hablado?

—Parece que sí.

—¿Le dijo el porqué de esta fuga?

—No. Sólo me dijo que tenía la intención de marcharse. Pero me precisó

que no había ningún hombre de por medio.

—¿Y usted la creyó?

—A mí nunca me ha mentido.

—¿Le dijo adónde quería ir?

—No. Ni yo se lo pregunté.

—¿Por qué?

—Porque, si no me lo había dicho, estaba claro que no quería contármelo, y yo respeté su voluntad. En cambio, me habló del apartamento que quería vender y me dio un poder.

—¿Le indicó adónde debía enviarle o ingresarle la suma que se obtenga de la venta?

—Sí, pero no debo enviársela de

inmediato.

—Es decir...

—Debo retenerla y luego enviarla a una persona de la que, a su debido tiempo, me darán las señas.

—¿Se las dará la señora?

—No, no será ella, sino alguien que se presentará con una contraseña.

—¿Y cuál es?

—Fra Angelico.

—Sobre el que escribió su tesis de licenciatura.

—¿Sabe también eso?

—¿Hasta qué hora la señora se entretuvo con usted?

—Hasta las nueve de la noche o

poco más.

—Perdone la pregunta. ¿Han...?

—No. Yo habría querido, pero ella no... Me lo dijo en latín: «Noli me tangere». Hablamos, luego pedimos una pizza. Nos la comimos, nos dimos un largo abrazo, los dos sabíamos que era una especie de adiós, y después partió.

—¿Sus encuentros dónde se producían?

—A veces en mi casa, soy soltero. Pero más a menudo en su apartamento de *via Liberati*.

—¿Sabe, abogado?, he tenido ocasión de leer un poco la correspondencia de la señora.

—¿Mattia le ha dado permiso?

—Sí. Ha sido muy comprensivo.

—Mattia, con tal de no leerlas él, dejaría que todo el mundo leyera esas cartas.

—Algunas me han interesado.

—¿Cuáles?

—Una en la que hablaba de sus relaciones con el guarda marina del que se había enamorado, otra de un amante ocasional y la de su amiga Giulia, que mencionaba a otro examante. Había algunas más de este tenor.

—Me lo imagino.

—¿Usted estaba al corriente de que la señora llevaba una vida sexual tan

intensa?

—Claro que estaba al corriente.

—¿De manera indirecta? Charlas entre amigos, habladorías, alusiones... ¿Cosas así?

—¡Qué va! Era ella misma quien me tenía informado. Me lo contaba todo cuando tenía ganas. Y, como es natural, de esas cartas habrá obtenido una imagen, como poco, pésima de Laura.

—Con sinceridad, no.

—¿De veras?

—No hago de juez, no tengo vocación, y si piensa que me he escandalizado, se equivoca.

—¿En serio?

—En cambio, me ha dado la impresión de que la señora, en este entregarse continuo, quería..., es difícil de explicar..., quería perderse...

—¿O más bien anularse?

—Eso, anularse, sí, es el verbo exacto.

—Me alegro mucho de que lo vea así, comisario. Es un hombre muy sensible y agudo.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque muchos se han hecho una idea equivocada de Laura. Piense que una vez un ex le dijo que sobre ella soplaba el viento del desierto porque ella era el desierto. Laura era, si acaso,

una fuente. Un día estábamos en su apartamento y le pregunté el porqué de este dispendio que, además, no le daba alegría ni satisfacción. No me respondió de inmediato. Después de un rato fue a buscar un libro y volvió a la cama. Eran las poesías de Dino Campana.

—Lo conozco.

—¿Ah, sí? Usted no deja de sorprenderme. Mejor, así le resultará más fácil de entender. Me leyó aquella famosa poesía que canta a un abrazo, ¿la recuerda?, y que termina con dos versos extraordinarios, donde el poeta, agarrando la garganta de la mujer, finalmente entra en su patria antigua, «en

la gran nada». Entonces comprendí qué buscaba Laura. La gran nada. Era justo a esto a lo que aspiraba. Que es, bien pensado, una forma de absoluto.

15 de junio de 2010

—Maurizi... Soy Pirro. Hola, querido. No esperaba encontrarte en el despacho tan tarde. Perdona que te llame a estas horas.

—Estaba a punto de marcharme.

Dime.

—Te telefono a propósito de esa señora que has dicho que ha dormido una noche aquí en Florencia... Cómo se llama... ¿Gabaudo?

—Garaudo.

—¿Te acuerdas de que me has dado también el número de matrícula del coche?

—Sí. ¿Por qué?

—Sabemos dónde está.

—¿La señora o el coche?

—El coche.

—¿Y dónde está aparcado?

—No está aparcado. Se ha precipitado por un puente bastante alto

de una carretera secundaria que lleva a Pisa.

—¡Por Dios! ¿Y ella?

—No, no te alarmes. Me han dicho que el coche estaba vacío. Y por más que han buscado en las inmediaciones no han localizado, y esto es extraño, ningún cuerpo.

—Quizá en la caída haya salido arrojada fuera y...

—También ellos lo han pensado. Pero nada. Volatilizada.

—¡No es posible!

—Sin embargo, es así. Me han precisado que el coche está tan maltrecho que si hubiera habido alguien

dentro, seguro que no habría sobrevivido. No han hallado ni siquiera rastro de un bolso, un zapato, nada. Los documentos del coche estaban en la guantera.

—¿También el carnet?

—No, eso no.

—¿Y cómo se explica esta historia?

—No se explica. Pero tengo una idea al respecto.

—¿Cuándo tuvo lugar el accidente?

—Hace algunos días. En mi opinión, debió de ocurrir el mismo día en que dejó el hotel, el 6.

—Pero ¿cómo es que no lo han visto antes?

—No lo han descubierto hasta ahora porque fue a parar a una especie de bosque que está debajo del puente.

—¿Lo habéis recuperado?

—Aún no. No es fácil, ¿sabes?

—Mejor así.

—¿Por qué?

—Mañana por la mañana voy a ir a Florencia. Quiero verlo en persona. ¿Podrías pedirle a alguien de la Científica que vaya conmigo?

—No te molestes. La Científica ya ha hecho sus indagaciones. No hay ni el más mínimo rastro de sangre en el interior del coche. Huellas dactilares todas las que quieras, pero no sabemos a

quién pertenecen.

—¿Las había también en la parte externa trasera?

—Enhorabuena, Maurizi. Veo que también tú has llegado a la misma conclusión que yo.

—El coche no se ha precipitado, lo han arrojado.

—Que tú sepas, ¿la señora llevaba algo de valor consigo?

—Joyas, no sé. De seguro, ciento cincuenta mil euros.

—¿En metálico?

—Creo que sí.

—¡Joder! Entonces puede ser que la hayan raptado y...

—Pero ¿para qué tomarse tantas molestias con el coche? Podían abandonarlo allí o llevárselo.

—Quizá porque querían retrasar el descubrimiento del secuestro.

—Es posible, pero...

—¿Pero...?

—Hay algo que no me cuadra.

—¿Qué?

—Aún no lo sé.

—Oye, Maurizi, ¿puedo poner al corriente del asunto a la Móvil y a los de Antisecuestros?

—Por supuesto. Oye, haré una cosa. Ahora voy a casa de la Garaudo, cojo algún objeto que haya tocado ella y

luego te envió las huellas.

—Está bien.

16 de junio de 2010

—Hola. ¿Casa de los Todini?

—Sí.

—Soy el comisario Maurizi. ¿Es usted, Filippa?

—Sí.

—Quisiera hablar con...

—No está.

—¿Ha salido?

—Sí, ha salido, ha salido.

—¿Sabe cuándo volverá?

—No lo sé.

—Pero para la hora de almorzar, seguramente...

—No sé nada, le digo. Lo han llevado al hospital.

—¿Al hospital? Pero ¿por qué?, ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido que esta mañana ha recibido el correo.

—¿Y...?

—Él estaba en el estudio y yo en la

cocina, ¿no? Me lo veo aparecer delante, que parecía un muerto, con una carta en la mano, temblando, me ha dicho que le diera un vaso de agua, pero no he llegado a tiempo porque se ha desplomado en el suelo. ¡Me ha dado un susto de muerte, qué miedo!

—¿Y entonces?

—¿Qué podía hacer? Lo he arrastrado hasta la cama y he llamado a su médico.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que ha sido el golpe de la carta. Y lo hemos llevado al hospital debido al corazón, que no lo tiene demasiado bien.

—¿El médico ha leído la carta?

—Eh, sí.

—¿Y ahora dónde está?

—¿El médico? ¡Y yo qué sé!

—No, hablaba de la carta.

—¿Y dónde va a estar? Sobre la mesa de la cocina.

—Déjela allí. Llego enseguida.

—Pero de prisa. Tengo que ir a hacer la compra.

Resígnate

YA

NO VOLverÁS a VER

A

LAURA

ESTÁ bien

con

NO

17 de junio de 2010

IL MESSAGGERO

LA DESAPARICIÓN DE LAURA GARAUDO
PODRÍA SER UN RAPTO

Roma. - Sobre la misteriosa desaparición de

Laura Garaudo se condensan sombras cada vez más oscuras y amenazantes. En un primer momento, se había pensado en una desaparición voluntaria por motivos personales. Incluso, dado que es sabido en los ambientes literarios de la capital que la Garaudo estaba trabajando en su primera novela, que publicará el editor de su marido, en la red había circulado la noticia —del todo sin confirmar— de que se trataba de una inédita forma de publicidad.

Pero ahora las hipótesis no han hecho más que cambiar a peor: el hallazgo de su coche, que se precipitó o fue lanzado desde un puente en una carretera secundaria que lleva de Florencia a Pisa, y una preocupante carta anónima enviada a su marido, Mattia Todini,

dibujan un cuadro de tintas lúgubres. Es probable que la señora, tras abandonar su casa en un primer momento por su espontánea voluntad, haya tropezado posteriormente con una banda de malhechores que parece que la tienen prisionera. Pero ¿con qué fin si, por lo visto, en la carta anónima no se hace mención a un rescate? El doctor Maurizi, encargado de las indagaciones, no ha querido conceder declaraciones al respecto.

18 de junio de 2010

—¿Ha visto los periódicos de ayer, Maurizi?

—Sí, jefe.

—No había ninguno que no se ocupara de la desaparición de la

Garaudo. Ayer por la tarde, además, recibí una llamada del ministro. Es muy amigo de Todini. Me ha dicho que está sufriendo mucho por nuestra culpa.

—¿Quién?

—Todini.

—¿Por qué?

—Porque, según él, Todini quiero decir, la indagación va muy lenta. Y cada día que pasa sin que haya resultados agrava su angustia. Siempre según él, usted pierde el tiempo leyendo las cartas privadas de la señora y no hace nada más.

—Jefe, dado que no conseguimos descubrir el motivo por el que la

Garaudo ha abandonado el techo conyugal, y Todini no es muy locuaz al respecto, he querido leer algunas cartas que varias personas le habían dirigido a la señora, para tratar de entender cómo era, cómo actuaba, qué pensaba...

—¿Y lo ha logrado?

—No.

—¿Cómo es posible?

—La señora tiene una personalidad tan compleja como fascinante.

—Parece que tenía muchos amantes.

—Sí.

—¿Ha hablado con alguno de ellos?

—Con uno.

—Demasiado poco. Quizá sea mejor

que...

—Jefe, estoy convencido de que ninguno de sus amantes haría un retrato distinto de ella.

—Pero creo, por cuanto me está diciendo, que todos coincidirían en decir que se trata de una mujer bastante casquivana.

—¡No! Sería un juicio superficial. Porque, vea, esa mujer...

—¿Qué pasa, Maurizi, se exalta? ¡No me diga que se está poniendo nervioso sin haberla visto nunca! Hablemos de cosas serias. ¿En qué punto está la investigación? Dígame algo para tranquilizar al ministro.

—La Científica de Florencia ha trabajado muy bien. Hace tres días les mandé las huellas. Bien, además de hallarse en el interior del coche, las huellas de la Garaudo se encuentran en gran número en el exterior, a la izquierda de la luneta posterior. Las del lado derecho pertenecen, en cambio, a un hombre.

—Pero ¿todo eso qué significa?

—A mi parecer, significa que la señora se hizo ayudar por un hombre para empujar el coche puente abajo. El mismo hombre que luego la habrá sacado de allí.

—¿Entonces viaja con uno de sus

tantos amantes!

—No está claro. Puede haber sido un encuentro casual.

—Pero, este hombre, ¿cómo se habría dejado persuadir?

—No se olvide de que la señora es muy guapa. Y lleva una ingente cantidad de dinero consigo.

—Pero no entiendo el porqué de esta puesta en escena...

—Para enturbiar las aguas y hacer nacer otras suposiciones sobre su desaparición. Está levantando, como suele decirse, una cortina de humo.

—Y ¿cómo me explica la carta anónima?

—Por el timbre postal del sobre sabemos que fue expedida desde Padua hace siete días.

—¿Desde Padua?!

—En efecto, es extraño. La señora, secuestrada entre Florencia y Pisa, se encontraría prisionera en Padua. ¿Y con qué fin la tendrían prisionera? ¡Ni siquiera piden rescate!

—Por tanto, ¿usted supone que se trata de otra puesta en escena?

—Estoy seguro. Por más que no se hayan detectado huellas de la señora ni en el folio ni en el sobre.

—Pero ¿qué sentido tiene este vagabundeo por Italia?

—Si consiguiéramos entenderlo, tendríamos la explicación de todo lo sucedido. Y es precisamente lo que estoy tratando de hacer.

—Es mejor que el ministro no le cuente a Todini lo que usted me ha referido. La insensibilidad de esta mujer hacia su dolor, su padecimiento, sería una herida mortal. ¡Qué asco de mujer!

—Perdone, jefe, también ése es un juicio superficial.

—Pero usted se está metiendo en líos, ¿eh, Maurizi?

18 y 19 de junio de
2010

(ANSA) 18-6-10 – Esta tarde, un extracomunitario sudanés, Awan Wafari, residente en la isla de Murano (Venecia), que había ido a pescar, cogió

con el anzuelo un bolso de mujer que, con toda evidencia, se encontraba en el agua desde no hacía demasiado tiempo. En su interior, además de un carmín y un pañuelo, había un monedero con quinientos euros y un carnet de conducir protegido por una funda de celofán, por lo que consideró su deber entregárselo todo a la policía, a pesar de que carecía de permiso de residencia.

(ANSA) 18-6-10 – El hallazgo en Murano de un bolso de mujer por parte del extracomunitario Awan Wafari ha dado un giro clamoroso a la

investigación sobre Laura Garaudo. El carnet pertenece a la mujer del conocido escritor Mattia Todini, desaparecida de Roma hace dos semanas.

(ANSA) 19-6-10 – Al amanecer, la policía ha enviado a dos buzos a Murano para que inspeccionen el lugar en que se descubrió el bolso de Laura Garaudo, porque no se excluye la posibilidad de que en las inmediaciones pueda hallarse el cuerpo de la mujer. Pero las corrientes ya podrían habérselo llevado mar adentro. Parece concluir trágicamente la misteriosa desaparición

de la mujer, a quien, según las pistas encontradas hasta ahora, unos desconocidos podrían haber secuestrado entre Florencia y Pisa, haber mantenido prisionera en Padua y, por último, haber asesinado en Murano.

(ANSA) 19-6-10 – La búsqueda del cuerpo de Laura Garaudo no ha dado ningún resultado.

20 de junio de 2010

—Maurizi...

—¿Sí?

—Soy Zanardelli.

—Hola. ¿Tienes novedades para mí?

—Sí. La noche entre el 16 y el 17 la

señora Laura Garaudo durmió en el hotel Laguna, en Venecia.

—¿Iba sola?

—Sí, sola.

—¿Cómo estaba?

—Mira, he hablado con el personal del hotel. Estaba muy bien.

—¿Qué equipaje llevaba?

—Una maleta mediana y un bolso grande.

—¿Algo más?

—Sí. Antes de partir hizo expedir un paquete, algo que había comprado aquí en Venecia, un paquete ya envuelto sobre el que estaba escrito: «MUYFRÁGIL».

—¿Recuerdan la dirección del

destinatario?

—Tú pides demasiado.

20 de junio de 2010

—¡Querido señor Todini! ¡Qué placer verlo otra vez! ¿Cuándo le han dado el alta?

—A finales de la semana pasada. Sin embargo, ¿sabe?, volver a casa sin

Laura... Claro, no suponía que iba a encontrarla esperándome, pero... Me bastaba saber que estaba en su estudio escribiendo para que toda la casa se convirtiera en un hogar cálido, vivo...

—Comprendo...

—No, perdone, no puede entender. Son cosas que, si no se está en el propio pellejo, y ojalá se tratara sólo de la epidermis, no se pueden entender.

—Pero, dígame, ¿cómo está?

—Mucho mejor, comisario. Gracias. Estoy renaciendo lentamente de mis cenizas como el fénix. Porque de golpe..., de golpe todo ha cambiado. Gracias a Laura.

—¿Cómo? Gracias a...

—Comprendo su estupor. Pronto seré más claro. Entretanto póngase cómodo. Le agradezco de corazón que haya sido tan amable de venir en cuanto lo he llamado.

—¡Imagínese!

—Quería contarle que sus colegas de Jefatura me han informado con detalle del hallazgo del bolso con el carnet de Laura y de la probabilidad de que haya sido víctima de...

—Lamento que no le hayan ahorrado los detalles...

—Me lo han contado todo, pero con mucha prudencia, como es natural. Y han

hecho bien. Ignoraban el efecto que sus palabras tenían sobre mí.

—Oiga, señor Todini. Creo que ha llegado el momento de no esconderle nada más.

—¿Ha habido otros... hallazgos?

—No. Pero quiero ser sincero con usted, aunque mis palabras puedan herir sus sentimientos.

—Dígame. Total, ya...

—Yo soy del parecer de que el coche precipitado, la carta anónima y la bolsa con el carnet son una maniobra para despistar, una puesta en escena creada de forma deliberada para...

—¿Creada por quién?

—Por su señora.

—¿Con qué fin?

—Un poco para enturbiar aún más las aguas, y un poco para hacernos ir tras pistas falsas.

—¿Qué beneficio obtendría...?

—Fingiendo un final trágico, la señora, que sabe a la perfección que la estamos buscando, piensa que consigue mayor libertad de movimiento.

—No le negaré que es una posibilidad...

—¿Usted sospecha otra cosa?

—Sí, yo lo veo distinto, bajo otra luz. Del todo opuesta a la suya.

—¿O sea...?

—O sea, que se equivoca.

—¡Venga, señor Todini! ¿De verdad no ve que la puesta en escena que ha urdido su mujer es un poco infantil?

—No, no, estoy perfectamente de acuerdo con usted en que se trata de una puesta en escena de Laura.

—¿Y entonces?

—Le explico. El coche, la carta anónima, el bolso son mensajes, doctor. Mensajes encriptados si quiere, pero mensajes. Como si enviase tarjetas postales.

—¿A quién?

—A mí.

—¿Y qué dicen estos... mensajes?

—Dicen que está viva y que piensa en mí.

—Pero...

—Y me invita a no sufrir, es más, a compartir su... emoción. O su tensión. O su placer. O aquello que es...

—No consigo entender...

—Mire, Laura nunca me ha excluido de su vida, nunca. Era su modo de amarme. Del todo particular, lo admito. Me resulta muy difícil hablar de ello... Desde los primeros días de nuestro matrimonio se estableció entre nosotros una especie de complicidad, como sucede en las parejas casadas desde hace muchos años. Mi estudio está lleno

de regalitos suyos que me entregaba con una sonrisita, precisamente, de complicidad...

—Sigo sin...

—Me cuesta mucho ser claro. Porque hablando con un extraño todo corre el riesgo de aparecer bajo una luz equivocada, incluso vulgar, hasta tragicómica si quiere... Me estoy confiando de hombre a hombre. Aquello que le digo guárdese para sí.

—Se lo prometo.

—Eso es, el día que entendí que había sido... feliz con un oficial de los carabineros que habíamos conocido días antes en una recepción fue cuando, de

vuelta a casa, me regaló una estatuilla de vidrio que representaba a un carabinero... Dios mío, dicho así la cosa podría parecer mezquina... En cambio, era amor. ¿Comprende? No, no puede. Soy ridículo, ¿verdad?

—No, no encuentro nada de ridículo.

—Y en cuanto me quedó claro que se trataba de mensajes para mí, me sentí mejor.

—¿Me explica cómo hizo para darse cuenta de que eran mensajes dirigidos a usted?

—Cuando su coche se precipitó del puente iba camino de Pisa, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Y la falsa carta anónima fue expedida desde Padua?

—Sí.

—¿Ve, doctor? A menudo presento mis libros o participo en actividades culturales en distintas ciudades de Italia. Me habría gustado mucho tenerla a mi lado en esas ocasiones, pero Laura nunca ha querido venir conmigo.

—¿Por qué?

—No quería que me imaginara que se aprovechaba de mi popularidad para... Y pensar que han llegado a la infamia de escribir en los periódicos que su desaparición era un truco publicitario... Dejémoslo correr. Ha

hecho sólo tres excepciones.

—¿Pisa, Padua y Murano?

—¡Bravo, comisario! Casi ha adivinado.

—¿Casi?

—Sí. Porque la última vez tuve un encuentro con mis lectores en Venecia, pero ella, como de costumbre, no participó, me dijo que había cogido un *vaporetto* y había ido a Murano.

—¿Para qué?

—No lo sé. Por lo demás, también en Pisa y Padua había hecho lo mismo, se había ido por ahí.

—Señor Todini, si las cosas son así...

—Son así.

—... no puedo más que estar contento por usted. Llegados a este punto, ¿quiere que interrumpamos la investigación?

—No, eso no. Adelante, continúe, pero con la máxima prudencia, se lo ruego. No quisiera que al sentirse... perseguida, acosada, se espantara y...

—Señor Todini, estoy actuando con la máxima prudencia. ¡Nada de acosar! Me muevo con extrema discreción. Y esto retrasa mucho la búsqueda. Me bastaría alertar a las jefaturas y a los aeropuertos, y en menos de veinticuatro horas, estoy seguro, localizaríamos a la

señora. Su mujer, téngalo presente, no viaja con documentos falsos, sino con su verdadera identidad. Y, además, creo habérselo dicho: ¿a título de qué podríamos detenerla? ¿Cómo podemos impedir que una mujer mayor de edad viaje por Italia con su dinero? Tanto más que no tiene que dar cuentas a nadie, salvo a usted. Deje que se lo diga, señor Todini, usted se ha equivocado dirigiéndose a nosotros.

—¿Y a quién tendría que haberme dirigido?

—A un investigador privado.

—Nunca lo habría hecho.

—¿Por qué?

—Me habría parecido envilecer todo el asunto, reduciéndolo a una banal historia de traiciones y fugas.

—Entiendo.

—Ah, ¿sabe una cosa? He telefoneado a la librería Aurora y he pedido que me envíen el libro que Laura había encargado. Me han dicho que estaba casi agotado y que ella insistió muchísimo para que se lo consiguieran lo antes posible. Luego, cuando al final se lo han encontrado, ella... se había marchado.

—¿Qué libro es?

—Una obra teatral de T. S. Eliot, *The Cocktail Party*. Me la había pedido

también a mí, pero yo no la tengo, no me agrada T. S. Eliot. Una vez, de joven, incluso hablé con él, era muy antipático. Imagínese si...

—¿Le explicó por qué le interesaba ese libro?

—No, pero recuerdo que el año pasado fue a ver cómo la representaba una compañía de aficionados en la que participaba el hermano de Giulia, su amiga. Cuando volvió a casa, me dijo que la comedia la había turbado mucho. Sobre todo un personaje femenino que... De seguro, Giulia podría decirle algo más, aunque no me parece importante. Laura tenía a menudo estos...

empecinamientos. A propósito, ¿ha hablado con Giulia?

—Aún no, pero lo haré.

—Mire que Giulia sabe muchas cosas de Laura... Si consiguiera hacerla hablar...

—Lo procuraré. ¿Su mujer iba a menudo al teatro?

—Sí.

—¿Tenía algún autor preferido?

—No tenía preferencias particulares. Iba al teatro porque le interesaba sobre todo el actor.

—¿Quién?

—No, no me refiero a un actor específico. Estaba fascinada por el arte

del actor. Por su capacidad de convertirse en otro. Y no sólo exteriormente. Cuando hablaba de ello, se... electrizaba, era como si lo envidiara.

—¿Alguna vez intentó actuar?

—Me contó que una vez, cuando aún estaba en bachillerato, se había dejado convencer por un compañero y lo había intentado, pero que había sido un desastre.

—¿En qué sentido?

—Me parece que me dijo que todo su cuerpo se había negado a sentirse distinto de como era. La había anclado, usó justo esta palabra, a su ser. Se había

negado con obstinación a la transfiguración, eso dijo.

—¿Frecuentaba centros de belleza?

¿Se cuidada mucho?

—Lo mínimo indispensable.

También porque no lo necesitaba. Pero se sentía muy a gusto con su cuerpo. Creo que lo amaba. Cada tanto se le escapaba decir: «¡Qué hermoso es ser mujer!». Desde luego, no se la podría definir como feminista. Sólo cuando le venía el lebeche se descuidaba un poco.

—Puede no responder a esta pregunta: ¿su mujer, que usted sepa, ha estado alguna vez en terapia?

—Que yo sepa, no. Pero ha tenido

durante mucho tiempo un amigo psicoanalista. Franco Giuliani. Con él hablaba durante largos ratos, pero no creo que se tratara de verdaderas sesiones.

—¿Me puede dar sus señas?

—No las tengo. Pero sé que hace dos años se trasladó a Milán, donde ejerce. No le resultará difícil localizarlo.

—Una última cosa, señor Todini: ¿puede prestarme la comedia de T. S. Eliot? Se la devolveré dentro de algunos días.

21 de junio de 2010

—Doctor Maurizi... Soy el abogado Doria.

—Dígame, abogado.

—Sólo quería comunicarle que ayer se vendió el apartamento de Laura.

—Ah, bien.

—Un buen precio. Cuatrocientos veinte mil euros. He depositado el dinero en mi cuenta del banco.

—¿Alguien ha dado señales de vida?

—De momento, nadie. Pero antes o después lo harán.

—No queda más que esperar.

—¿Ha visto a Todini durante estos días?

—Sí.

—¿Cómo está?

—¿Qué quiere que le diga? Me ha llamado aposta para exponerme una teoría más que discutible sobre los...

—¿... sobre los mensajes que Laura le estaría enviando?

—Sí.

—También a mí me ha hablado de ello. Pobrecillo, está muy confundido. Mientras me exponía su delirio, tenía una sonrisa de endemoniado en la cara. Yo no he querido decepcionarlo. Si él se ha convencido de ello, mejor dejarlo tranquilo.

—Ha hecho bien.

—También le quería decir que, antes de ceder el apartamento al comprador, he cogido todas las cosas que Laura había dejado en él y las he llevado a mi casa.

—¿Por qué?

—Bueno... No me agradaba que fueran a terminar en la basura. La verdad es que había pocas cosas, algunos vestidos, dos pares de zapatos, pero muchos libros.

—¿Nada escrito por ella?

—Sí. Dentro de un libro había tres folios doblados y fechados. Dos pertenecen a una apasionada carta interrumpida y quizá no enviada a un tal Wilson.

—¿Una carta de amor?

—No, está claro que no escribe a un amante.

—¿Está en italiano?

—Sí.

—¿La señora nunca le ha hablado de este Wilson?

—No, nunca. Y eso es muy extraño. Sin embargo, por la carta parece ser una persona muy importante para Laura.

—¿Y el otro folio?

—En el otro folio hay un apunte.

—¿Son cosas recientes?

—De este año.

—¿Piensa que pueden interesarme?

—Diría que sí.

—¿Me manda una fotocopia?

—No hay problema.

—Y sobre todo avíseme en cuanto alguien se presente para retirar el dinero

de la venta del apartamento.

10 de enero de 2010

Roma, 10 de enero de 2010

Querido Wilson:

Lo que ha sucedido entre nosotros dos es milagroso. Y ten presente que

sólo puedo definirlo así, aunque no crea en los milagros.

Mi madre me contaba que, cuando era pequeña, durante años la agobié pidiéndole que me diera un hermanito «de verdad».

Mamá se enfadaba mucho y a veces me castigaba porque en realidad yo tenía un hermano un año y medio mayor que yo, pero quién sabe por qué no lo consideraba mi hermano. Quizá porque se negaba a jugar conmigo o a escuchar las historias que me rondaban por la cabeza y que quería confiarle.

Se llamaba Paolo y murió cuando aún no había cumplido veinte años.

Conocí a muchos hombres, amantes más o menos fugaces, amigos, pero entre ellos no he conseguido encontrar a mi hermano «de verdad».

Nunca logré colmar este vacío, esta ausencia que extrañamente, con el paso de los años, en vez de pesarme menos se convertía en una herida que nunca cicatrizaba.

Luego apareciste tú. Y precisamente en el momento más crítico de mi vida. ¿Sabes?, cuando iba al instituto, mi profesor de religión decía que el ángel de la guarda nunca tiene alas ni aureola, sino que asume las apariencias más habituales, las de una

vieja tía, un mendigo, una persona con la que te tropiezas por casualidad...

No hacía ni media hora que nos habíamos conocido, y te bastó pronunciar mi nombre con la misma entonación que mi padre o que el pobre Giacomo para que dentro de mí sintiera desatarse de golpe un nudo que hasta aquel momento había creído inextricable.

Comencé a hablarte de mí como nunca había hecho con ningún otro hombre. Y advertía que cada palabra mía te llegaba con su sentido más profundo y auténtico.

Tú me has escuchado con todo tu

ser, me has entendido tanto como para dejarme entrever una posible vía de escape, una lejana, aunque difícil, solución. Una solución radical para la que hace falta mucho valor de mi parte.

Y en nuestros encuentros sucesivos, en los que has comprendido mi miedo, o mejor, la sensación que tengo de estar siempre fuera de lugar, has sido muy comprensivo pero, al mismo tiempo, has hecho que me adentre por el camino que, precisamente porque una vez tomado ya no permite la posibilidad de un retorno, más me espanta.

Ahora me siento lista.

Y nunca acabaré de agradecerte que me hayas enseñado la vía de la curación, de la salvación.

Necesitaré un poco de tiempo, pero la decisión ya está tomada.

Estoy preparando con cuidado un plan para el que en un momento dado precisaré tu ayuda. Se trata de lo siguiente. Yo haré de modo que

15 de mayo de 2010

(Para mandar a Wilson.)

*Pero antes le tengo que decir que yo
quisiera verdaderamente
pensar que algo no marcha en mí,*

*porque si no es así entonces hay algo
en el mundo mismo que no marcha, o al
menos que parece
muy distinto de cómo aparentaría ser.
Y esto sería terrible.
Por eso preferiría creer que hay en mí
algo que no funciona y se podría
curar...*

*¿Cómo continúa?
Encontrar el libro como sea*

15 de mayo de 2010

22 de junio de 2010

—Doctor Maurizi, buenos días. Soy Marco Ghiberti. Le agradezco que me haya recibido.

—Por teléfono me ha dicho que sabe algo sobre la desaparición de la señora

Garaudo. Por eso...

—En efecto, aquí estoy. Pero le confieso que he dudado mucho antes de llamarlo.

—¿Por qué?

—No quiero hacer de comparsa de Laura. De sus timos, de sus segundas intenciones. Es una mujer que no hace nada que no haya calculado previamente. Pensaba que, al venir aquí, le estaría siguiendo el juego.

—¿Luego se convenció de lo contrario?

—En absoluto.

—¿Y entonces?

—En resumen, al final ha tenido las

de ganar..., cómo decirlo..., mi sentido cívico.

—Bien, dígame.

—Tengo la prueba de que Laura está viva.

—¿Y cuál es?

—Está dentro de este paquete que ella me envió desde Venecia hace algunos días. Lo tengo aquí.

—¿Qué contiene?

—Se lo abro. Mire.

—¡Qué bonita! Es una rosa del desierto.

—En efecto.

—Es un ejemplar muy bonito. Pero ¿cómo sabe que ha sido justo la señora

Garaudo quien...?

—Había una notita.

—¿Firmada?

—No.

—¿Ha reconocido la caligrafía?

—Está escrita en letras de imprenta.

—Déjeme verla.

—Antes es necesario que le cuente los precedentes. Hace siete años empecé una historia con Laura. Que continuó incluso después de su compromiso con Todini. Me atraía mucho, aunque sabía que era mentirosa y desleal, que frecuentaba a otros hombres. Pero no conseguía prescindir de ella. ¿Sabe?, hay mujeres que...

—Continúe, por favor.

—Disculpe. A principios de marzo de 2005 recibí una carta en la que me decía que, como había decidido casarse con Todini, quería interrumpir nuestra relación. Comprendí que no se trataba de escrúpulos morales, que por lo demás nunca había tenido, Laura ni siquiera sabe qué significa la palabra *moral*, sino de un pretexto para desembarazarse de mí. Así que la telefoneé y le solté todas las cosas malas que desde hacía tiempo y con sinceridad pensaba de ella.

—No entiendo qué...

—Ya llego, disculpe. Laura cada

tanto declaraba que tenía el lebeche. Le explico.

—Sé de qué está hablando. Me lo ha contado Todini.

—Mejor así. Entonces yo le dije que el lebeche soplaba sobre ella porque ella era el desierto, un desierto árido sobre el cual no era posible que arraigase ninguna forma de sentimiento. Cosa que sigo pensando aún hoy. Mire cómo está haciendo sufrir al pobre Todini, sólo culpable de haberse casado con ella. Laura es como el perro que muerde la mano de quien le está proporcionando un trozo de pan. De todos modos, rompimos. Pero ella,

como es evidente, no ha olvidado mis palabras. Deben de haber dado en el blanco.

—¿Por qué?

—Ésta es la notita que he encontrado en el paquete: «Soy hija del viento y del desierto. Y esta rosa no morirá jamás». Clarísimo.

—¿Usted lo encuentra claro?

—Sí, y me refiero a que la señora está viva. Esta notita significa que no tiene ninguna intención de quitarse la vida.

—Bien, si usted lo dice... Muchas gracias por todo... No se olvide del paquete y la notita.

—No, gracias, se los dejo. No quiero tener nada de ella. Si no le interesan para la investigación, tírelos a la basura.

23 de junio de 2010

Franco Giuliani
Psicoanalista
Corso Buenos Aires, 30 - Milán

Milán, 23 de junio de 2010

Apreciado doctor Maurizi:

Me apresuro a responder a su llamada, tratando de aportar mi modesta contribución a las indagaciones que está realizando sobre la desaparición de mi queridísima amiga Laura Garaudo.

Si le hablo con libertad de ella es sólo porque Laura nunca ha sido mi paciente. Por tanto, me considero exento de la obligación del secreto profesional.

Temía que un día u otro Laura haría algo similar. Dentro de sí desde hacía tiempo albergaba una inquietud

incontrolable.

Y lo cierto es que un marido como Todini, enamorado, sí, pero absolutamente inadecuado para las necesidades de Laura, no habrá hecho más que agravar su crisis cada vez menos latente y hacer que al final explote.

Por eso sigo con mucha aprensión las noticias que los periódicos van publicando y no le oculto que mi preocupación crece cada día más.

Porque Laura, en mi opinión, es en verdad capaz de un gesto extremo que podría sorprendernos a todos.

No crea que estoy exagerando.

La conozco demasiado bien, aunque entre nosotros nunca ha habido ninguna intimidad de tipo sexual.

Deliberadamente, no estoy empleando un lenguaje científico para ser lo más claro posible.

El cuadro que me he hecho es éste. En la compleja personalidad de Laura se alternan y combaten sin tregua ni remisión dos impulsos interiores opuestos y de igual fuerza.

El primero es una especie de incesante búsqueda del éxtasis hacia lo bajo, explicitada a través de una serie de encuentros indiscriminados, tanto más exaltantes cuanto más

envilecedores.

El segundo se orienta en sentido contrario, hacia lo alto, y es una más o menos consciente pulsión de absoluto.

Es una mezcla en parte destructiva. Sobre todo en una persona de dolorida sensibilidad como Laura, aunque intente ocultarla con terquedad.

Quiero explicarme mejor.

He visto llorar a Laura. Podía llorar por un niño pobre que le pedía limosna, podía llorar de rabia, de alegría, pero sus lágrimas eran, cómo decirlo, superficiales, eran un líquido que le goteaba de los ojos.

Pero si de veras la ofendían o

recibía un duro golpe, entonces no lloraba. Los ojos se le quedaban secos. Mirándola bien, sólo algún rasgo del rostro se modificaba. Parecía aceptar de forma pasiva o asumía un aire indiferente. Pero lloraba con desesperación, se lo puedo asegurar, por dentro.

Varias veces me puse a su disposición, pero ella, con mucha gentileza, me rechazó.

Un día le pregunté el porqué, y me respondió que ella habría necesitado tratarse con el doctor Reilly. No repliqué. No entendí a quién se refería.

Si me permite darle un consejo,

apreciado doctor, es éste: por caridad, encuéntrela pronto.

Temo que Laura haya tomado la decisión de desaparecer para siempre.

Y pienso en lo peor.

Por eso le formulo mis mejores deseos de que logre llevar adelante la investigación de la mejor manera posible.

FRANCO GIULIANI

24 de junio de 2010

—Maurizi...

—A sus órdenes, jefe.

—¿Ha oído la buena noticia?

—No. ¿Cuál?

—La desaparición de la señora

Todini se ha convertido en un caso internacional.

—¡No!

—Sí, por desgracia.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido que un periodista alemán ha ido a entrevistar a Todini, que según parece es muy popular en Alemania.

—¿Y entonces?

—El periodista se ha dado cuenta de que Todini desvariaba y nos ha echado la culpa a nosotros.

—No entiendo.

—Maurizi, ¿qué hace, está durmiendo? Ese capullo ha escrito que

si Todini está perdiendo la cabeza es porque nosotros, veinte días después de la desaparición, no damos pie con bola. Nos acusa de ineficiencia, ¿comprende?

—Ahora sí.

—¡Bendito sea Dios! Entonces, le pregunto: ¿tiene algo que decirme?

—Algo tendría.

—¡Hable, por Cristo! ¿Debo emplear las tenazas? ¿Qué tiene entre manos?

—Tengo la prueba de que la señora Garaudo no se ha tirado al mar en Murano, y de que tampoco la ha tirado nadie.

—¿Y cuál es esta prueba?

—Una rosa del desierto.

—¿Qué coño dice?

—Disculpe. La rosa estaba dentro de un paquete expedido desde Venecia por la señora Garaudo después de haber estado en Murano.

—Ésa es una buena noticia, por fin. Esta historia me está tocando las pelotas. Esta tarde daré una rueda de prensa y pondré las cosas en su sitio. Naturalmente participará también usted, pero me hará el favor de quedarse callado.

25 de junio de 2010

IL MESSAGGERO

LA CONFERENCIA DE PRENSA
DEL JEFE DE POLICÍA DE ROMA
SOBRE LA DESAPARICIÓN DE LAURA
GARAUDO

Roma. - Ayer por la tarde, el jefe de policía de Roma, el doctor Filippo Valenzi, celebró una conferencia de prensa para explicar cómo avanza la evolución de las indagaciones por la desaparición de Laura Garaudo, mujer del conocido novelista Mattia Todini. El jefe de policía ha querido desmentir cuanto ha aparecido en un periódico alemán que acusaba a la policía de no haber dedicado al caso Garaudo la atención que éste merece. El jefe de policía, flanqueado por el doctor Maurizi, responsable de las indagaciones, reveló que se ha comprobado que el coche de la Garaudo se precipitó de forma accidental desde un puente de una vía secundaria entre Florencia y Pisa, y

que, por fortuna, la mujer salió ilesa. Sobre la carta anónima que anunciaba el secuestro de la Garaudo por parte de desconocidos, el jefe de policía precisó que debe considerarse falsa, una broma de pésimo gusto en perjuicio del pobre marido. Por último, aclaró que el bolso de la señora Garaudo que se encontró en Murano debió de caerse al agua durante una excursión de la mujer.

En conclusión, afirmó el jefe de policía, detrás de la desaparición de Laura Garaudo no se oculta ningún misterio. La señora se ha ido de manera voluntaria de casa para iniciar un período de reflexión, goza de excelente salud e incluso ha conseguido ponerse en contacto con su marido, para tranquilizarlo. El jefe de policía

también contó que un conocido de la señora Garaudo se ha presentado por voluntad propia en Jefatura exhibiendo un souvenir que la señora le envió desde Venecia en fecha inmediatamente posterior a su paso por Murano.

El jefe de policía concluyó que en este punto las investigaciones deben considerarse formalmente cerradas.

Pero nosotros nos preguntamos si, por el respeto y el aprecio debidos a una celebridad como Mattia Todini, la policía no continuará, con la debida discreción, siguiendo a distancia los desplazamientos de la señora Garaudo.

25 de junio de 2010

—Hola. ¿La señora Giulia Maltese?

—Soy yo. ¿Quién habla?

—El comisario Maurizi.

—¡Por fin!

—¿Qué quiere decir?

—¡Ha tardado en llamarme!

—Antes he intentado saber lo máximo posible sobre la señora Garaudo para no tener que agobiarla con preguntas.

—Me habían dicho que era un buen policía, no que fuera también un hábil diplomático. ¿Quién le ha dado este número?

—El señor Todini me ha ayudado a dar con usted. ¿Por qué?

—Tengo dos móviles. La única persona que tiene el número de éste es Laura. Cuando lo he oído sonar me ha dado un vuelco el corazón.

—Perdone, no lo sabía. Por tanto,

¿usted no ha tenido noticias de su amiga?

—No. Y no le estoy mintiendo.

—La creo. Quisiera que nos viéramos, señora.

—También yo.

—Podría venir hoy por la tarde hacia las...

—Comisario, no me encuentro en Roma, estoy en Milán.

—¿Cuándo regresa?

—Podría estar en su despacho mañana por la tarde.

—¿Le va bien a las cuatro?

—Está bien.

—¿Puedo hacerle dos preguntas?

—Claro.

—¿Qué puede decirme de un tal Wilson?

—No entiendo.

—Se trata de alguien a quien la señora Garaudo escribió una carta que estimo importante para las indagaciones.

—Nunca he oído ese nombre. ¿De cuándo es la carta?

—Del 10 de enero de este año.

—¡Qué extraño! Nunca me ha hablado de ese Wilson. ¿Se sabe qué tipo de relación tenía con él?

—Muy estrecha, pero no eran amantes.

—No sé qué decirle. No tengo

palabras.

—Una última pregunta. ¿Usted conoce al señor Franco Giuliani?

—¡A él sí!

—Giuliani me ha escrito para decirme que la señora Garaudo no quería someterse a terapia con él porque no estaba a la altura del doctor Reilly. Giuliani no sabe quién es este doctor. ¿Y usted?

—Tampoco... No, espere un momento... Sí, eso es..., lo tengo... ¡Sir Henry Harcourt-Reilly!

—¿Lo conoce?

—Sí, pero no existe.

—¿Qué quiere decir?

—Que es un personaje de una comedia de T. S. Eliot, *The Cocktail Party*, que Laura y yo fuimos a ver hace algún tiempo. Reilly era una especie de psiquiatra y sanador de almas al que otro personaje, Celia, se dirigía para recibir ayuda. Laura se había quedado literalmente fascinada con este personaje.

—Le agradezco la cortesía.

—Hasta mañana, comisario.

The Cocktail Party, de T. S. Eliot

REILLY: Por el momento sé lo suficiente
de usted.

Trate de describir su estado de

ánimo actual.

CELIA: Bah, hay dos cosas que no consigo entender, que quizá usted pueda considerar síntomas.

Pero antes debo decirle que quisiera...

Ya aquí Celia dice lo que está escrito en el apunte que la señora Garaudo quería enviar a Wilson.

La continuación, que no recuerda, es esto:

CELIA: [...] Haré lo que usted me diga para volver a la normalidad.

REILLY: [...] Ha dicho dos cosas: ¿cuál es la primera?

CELIA: Una conciencia de soledad. [...] Quiero decir que lo que ha ocurrido me ha hecho consciente de que siempre he estado sola.

Que uno siempre está solo.

No simplemente al final de una relación.

Tampoco simplemente el descubrimiento de que nunca ha existido, sino una revelación de mi relación con *todos*.

Y, ¿sabe?, parece que ya no vale la

pena *hablar* con nadie... [...]

REILLY: [...] ¿Y el segundo síntoma?

CELIA: Éste es aún más extraño.

Parece ridículo, pero la única palabra que sé encontrar para definirlo es un sentimiento de pecado.

REILLY: ¿Usted sufre de sentimiento de pecado, miss Coplestone?

Eso es de veras insólito.

[...]

Dígame qué entiende por sentimiento de pecado.

CELIA: Es mucho más fácil decirle lo que no entiendo:

no entiendo pecado en el sentido

más frecuente.

REILLY: ¿Y cuál es, según usted, el sentido más frecuente?

CELIA: Bah..., creo que quiere decir ser inmoral...

y no darse cuenta de ello: en efecto, ¿no definimos como inmorales a las personas que consideramos carentes de sentimiento moral?

Nunca he notado que la inmoralidad fuera acompañada por el sentimiento de pecado, o al menos nunca me ha ocurrido verlo.

Creo que es cruel hacer daño a los otros.

Si uno es consciente de hacerlo.

[...]

Ahora veo que todo ha sido un error.

¡Pero no veo por qué los errores deberían

hacernos experimentar un sentimiento de pecado!

[...]

No es la sensación de algo que yo haya *hecho*,

de lo que podría huir, o algo

dentro de mí de lo que fuera posible desembarazarme, sino de vacío, de fracaso hacia alguien,

o algo, fuera de mí...

[...]

No es que tenga miedo de que me hieran:

ya nada puede herirme o sanarme.

He pensado a veces que el éxtasis es real

aunque no sea real quien lo experimenta.

Porque lo que ha ocurrido perdura como un sueño en que uno vive exaltado por la intensidad del amor en el espíritu, vibración de alegría sin deseo, porque el deseo se colma en la alegría de amar. Un estado ignoto al despertar.

Pero qué, o a quién, he amado, o qué en mí estaba amando, yo no lo

sé.

Y, si todo esto no tiene sentido, yo quiero sanarme del hambre de algo que no puedo encontrar, y de la vergüenza de no encontrarlo. ¿Usted puede sanarme?

REILLY: Es un problema que tiene curación.

Pero el tipo de terapia debe elegirlo usted:

no puedo decidir en su lugar.

Si es lo que usted quiere, yo puedo reconciliarla con la condición humana.

26 de junio de 2010

—Señor Todini, perdone si lo molesto, pero creo haber descubierto algo importante.

—¿Sabe dónde se encuentra Laura?

—En absoluto. Y no creo, llegados a

este punto, que interese en lo más mínimo.

—Eso lo dice usted, querido comisario.

—Creo que es más importante, también para usted, intentar comprender por qué se fue.

—Bien, sí.

—Estoy llegando a la conclusión de que detrás de la fuga de la señora hay un hombre.

—¿¿Cómo?! ¿Un nuevo amante? ¡Si siempre me ha dicho que no había ningún hombre!

—No, no un amante.

—¿Y entonces?

—Una especie de..., no sé cómo definirlo..., padre espiritual.

—No me venga a decir que un cura...

—No creo que se trate de un cura.

Es un hombre que la señora conoció hacia finales del año pasado, no sé en qué ocasión, y a quien está muy ligada.

—No creo que pueda serle útil.

Laura nunca me ha hablado de ese conocido suyo. ¿Sabe cómo se llama?

—Sólo conozco el nombre. Wilson.

—No, lo cierto es que no... Espere un momento, déjeme pensar... ¿Hacia finales del año pasado, ha dicho?

—Sí.

—Entonces quizá sea la misma

persona que... A mediados de noviembre del año pasado, la embajada brasileña me invitó para homenajear a uno de sus escritores. Laura me acompañó. Eso es, estoy casi seguro de que nos presentaron a un tal Wilson Peixoto. Recuerdo que intercambié algunas palabras con él debido a su apellido.

—¿Qué tenía de particular?

—¿Sabe?, hubo un tiempo en que me ocupé mucho del cine y de su historia... Bien, en los orígenes de la cinematografía brasileña hay una película legendaria, una obra maestra ignorada: *Límite*, de Mário Peixoto. Le pregunté si era descendiente del

cineasta. No lo era.

—¿Había acudido en el séquito del escritor?

—No creo.

—¿Formaba parte del personal de la embajada?

—Tampoco lo creo. Me parece que era un invitado, como yo. Pero...

—Pero...

—Los brasileños lo trataban con mucho respeto. También el embajador.

—¿Cómo era físicamente?

—Un sesentón alto, delgado, elegantísimo, una gran cabellera de pelo cándido, muy oscuro de piel... Ese tipo de hombre que las mujeres encuentran

fascinante.

—¿Un mulato?

—No, estaba bronceado por el sol.

—¿Su mujer habló con él?

—Pues sí. Mire, poco después el embajador me reclamó para presentarme al escritor homenajeadó y ellos dos se quedaron charlando. A Laura volví a verla tres horas después, al final de la recepción.

—¿En casa le habló de ese Wilson?

—No, para nada.

26 de junio de 2010

—¿Quiere que comience por la prehistoria?

—Si lo cree...

—En primaria, Laura y yo éramos las más bonitas de la clase, y en el

instituto también. En el bachillerato nos promocionaron: de las más bonitas a las más guapas. En general, entre las dos más guapas nace una profunda antipatía mutua; a nosotras, en cambio, nos ocurrió lo contrario. Ninguna rivalidad, ninguna... Es más, nos hicimos cómplices de inmediato. Nos convertimos en amigas inseparables. Hasta el punto de encontrarnos al menos tres veces por semana.

—Un buen promedio.

—Sí. Estuvimos alejadas sólo cinco años. Cuatro cuando Laura se marchó a Bolonia porque su padre tenía unos negocios allí, y uno cuando, por

desgracia, se trasladó a Livorno para seguir a un cadete de marina del que se había enamorado con locura. Nosotras dos...

—Disculpe si la interrumpo. He tenido ocasión de leer una carta de este oficial..., una carta de despedida..., y no he entendido bien... ¿El hijo existía o no existía? ¿Y Laura de verdad quiso abortar? ¿O se trataba de una ficción?

—Veo que se ha documentado bien. No lo sé, no estoy en condiciones de responderle. Aquel año, como le he dicho...

—¿¿Cómo?! A usted, su amiga del alma, ¿nunca le habló de algo tan

importante en la vida de una mujer?

—Aludió a ello cuando por fin volvimos a vernos, pero de manera voluntariamente equívoca, y yo no insistí, aunque entendí que aquel hecho había marcado su vida de forma profunda.

—Me parece muy extraño que usted no haya insistido para saber algo más.

—Comisario, Laura tenía momentos de una sinceridad absoluta, desconcertante, incluso brutal, pero también tenía momentos en los que literalmente chapoteaba en la mentira. A veces mentía sin necesidad, por el gusto de hacerlo. Pedirle que te contara la

verdad era como jugar a los dados. Podía ser que te la dijera por completo, con impudor, sin reticencias, la realidad desnuda y cruda, y podía también darse, en cambio, que construyera un fulminante castillo de trolas, todas plausibles y coherentes. Si no quería decir cómo había ido de verdad un asunto, no había manera.

—¿A usted se lo contaba todo?

—Digamos que el noventa por ciento. Había cosas que Laura no compartía con nadie.

—¿A usted le confió su proyecto de fuga?

—No.

—Oiga, señora Maltese, si usted trata de proteger a su amiga...

—No estoy tratando de protegerla. No sólo no me lo ha confiado, sino que ni siquiera dijo nada que me hiciera sospechar. Quizá pensaba que habría intentado disuadirla.

—¿La señora la habría escuchado?

—No lo sé. Con el paso de los años asumí un papel un poco de hermana mayor. Recurría a mí para salir de ciertas situaciones embrolladas en las que se metía.

—¿Situaciones sentimentales?

—Llamémoslas así. Pero, si debo ser sincera, sentía que desde hacía

tiempo ocultaba algo.

—¿Desde cuándo?

—Más o menos desde septiembre del año pasado, cuando acabó de escribir la novela.

—Un momento. Esa famosa novela que decía que estaba escribiendo, ¿en realidad la había terminado el año pasado? Y a todos, marido incluido, continuó haciendo creer...

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque después de haberla acabado y haberla releído con un cierto distanciamiento, sin el impulso de la escritura, tuvo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De sí misma.

—¿Quiere explicarse, por favor?

—Es lo que estoy intentando hacer.

—¿Usted la ha leído?

—Sí. Creo que soy la única persona que la ha leído.

—¿De qué trata?

—Es la historia de una mujer de hoy, de sus múltiples y diversos encuentros amorosos, de su malestar sentimental, que lentamente evoluciona hacia un malestar existencial... No es una historia inventada, es una especie de autobiografía novelada.

—¿Cómo concluye?

—La protagonista muere en un accidente aéreo.

—¿Laura tenía miedo de acabar así?

—Cuando me la dio para que la leyera, me dijo que se había percatado de que no había escrito una novela, sino un balance de quiebra, un saldo final en pasivo, la historia de un girar en el vacío cada vez más vertiginoso dentro de una nada inmensa. No son sus palabras exactas, pero son bastante similares. Creo que fue esto lo que le dio miedo. Y por esa razón, cuando se la devolví, la quemó.

—Por tanto, ¿esa novela ya no existe?

—Que yo sepa, no. También me dijo que había borrado el archivo del ordenador. Y, desde entonces, en Laura se produjo una mutación.

—¿En qué sentido?

—Se encerró en sí misma, interrumpió por completo las relaciones con sus amantes... Parafraseaba a Lorca, decía que en sus encuentros amorosos el cuerpo estaba cada vez menos presente y el alma cada vez más ausente... Continuó viéndose sólo con un viejo amante-amigo, un abogado... En resumen, para decirlo de forma banal, entró en crisis.

—¿Le dijo cómo esperaba salir de ella?

—No. Me hablaba poco del asunto.

—Sin embargo, debe de haber conversado sobre ello, y mucho, con ese tal Wilson.

—¿Cree que Laura habló con él?

—Sí. Y ese Wilson, según parece, le ha dejado entrever que hay una solución. Wilson se le apareció como la encarnación de aquel doctor Reilly de la comedia de T. S. Eliot.

—¿Qué me dice?

—Creo que fue precisamente así.

—Si las cosas son como usted dice, ese Wilson puede hacer un gran mal o un gran bien a Laura. Esperemos que no sea una especie de brujo, de gurú... Hoy mis

amigas no buscan otra cosa. Se hacen budistas, hinduistas, taoístas..., todas las fes en las que no existe el lúgubre concepto del pecado... ¿Por qué no intenta averiguar algo más sobre el tal Wilson?

—Lo estoy haciendo. Parece que se trata de un brasileño, de apellido Peixoto. ¿Le dice algo?

—Nada.

—Sabemos que la señora Garaudo ha estado en Florencia, Pisa, Padua, Venecia y Murano. Según usted, ¿está vagando al azar o sigue un itinerario preciso?

—Laura nunca hace nada al azar. Por

tanto, no creo que esté cambiando sus reglas. Este viaje y estas etapas deben de tener un sentido. ¿Usted qué cree?

—Pienso lo mismo que usted. Tengo la impresión, pero así, instintivamente, de que es una especie de peregrinación que preludia...

—¿Una peregrinación sugerida por Wilson?

—No creo. Estoy convencido de que se trata de una iniciativa autónoma de la señora. Una especie de ritual de despedida.

—Pero ¿de qué? Desde luego, no de lugares queridos... Al respecto, puedo decirle, con certeza, porque alguna vez

hemos hablado de ello, que Laura no es capaz de añorar ningún lugar, incluso si en él ha pasado instantes felices. Decía riendo, pero convencida, que si ella hubiera sido una gata no habría sido un animal doméstico, sino una gata vagabunda.

—¿Cómo es, entonces, que se casó con Todini?

—Todini la encontró en un momento de particular desorientación, se estaba ahogando y subió a la balsa que él le ofrecía. Además, al ser un anciano, en parte sustituía a aquel padre al que Laura había amado y odiado. A su manera, a Todini lo quiere. Pero no creo

que hubiera durado mucho. Aunque él es un hombre discretísimo, enamorado, que le dejaba la máxima libertad.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su amiga?

—La tarde del día anterior a...

—¿Cómo la encontró?

—Bastante eufórica.

—Por tanto, ¿el lebeche se le había pasado?

—¿Sabe también lo de los ataques de lebeche? Si es por eso, el último lebeche nunca lo tuvo.

—¿Fingía tenerlo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quería aislarse, no quería ver a nadie y, además, de ese modo mantenía alejado a Mattia. Deseaba estar en la cama para pensar en sí misma. No creo que, al menos en los últimos días, hubiera agradecido ni siquiera mis visitas. Estaba atravesando un período de crisis, se lo he dicho.

—¿De qué hablaron aquella tarde?

—Desde hacía una semana Laura no hablaba más que de un tema. Una idea fija.

—¿Qué idea?

—Su tesis de licenciatura sobre Fra Angelico. La criticaba, sostenía que su hipótesis sobre el *Noli me tangere* debía

ser reforzada con otras pruebas. Y que para ella era algo muy importante. Yo le tomaba el pelo, le recordaba que el problema no le había parecido tan esencial cuando había perdido literalmente la cabeza por su cadete y lo había mandado todo al traste, brillante carrera académica incluida.

—¿Y la señora cómo reaccionaba?

—Se enfadaba, pero mucho, decía que yo no entendía nada. Y cambiaba de tema de conversación.

27 de junio de 2010

—Doctor Maurizi, soy el abogado Doria.

—Buenos días, abogado. Dígame.

—Esta mañana he recibido una llamada. Una voz de hombre. Hablaba

italiano, pero me ha parecido que tenía acento portugués. Me ha dado la contraseña: Fra Angelico.

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha dicho que ingresara la suma, a través de una transferencia bancaria, en una cuenta del Banco Nacional de Brasil, filial número uno de Brasilia.

—¿Quién es el titular?

—Wilson Peixoto. Pero me ha dicho lo que tengo que escribir en observaciones, y es algo curioso.

—¿El qué?

—«Dote de Laura Garaudo.» ¿Qué hace? ¿Se casa con este Wilson? Ella es

muy capaz de hacer este tipo de locuras.

—No pienso que se trate de una dote matrimonial.

—Entonces, ¿qué?

—Bah...

—¿Cómo debo comportarme?

—¿Qué quiere decir?

—¿Debo proceder tal como me han dicho?

—¿Y qué otra cosa quiere hacer? Si la voluntad de la señora es ésa...

29 de junio de 2010

IL MESSAGGERO

SORPRENDENTE EVOLUCIÓN DEL CASO
GARAUDO.

NUESTRA ENTREVISTA EXCLUSIVA
CON EL ESCRITOR MATTIA TODINI

Roma. - A causa de los incontrolables rumores sobre una sorprendente evolución en el caso de la desaparición de Laura Garaudo, hemos ido a ver al conocido escritor Mattia Todini, su marido, que con extrema amabilidad ha respondido a todas nuestras preguntas. Puesto que el escritor nos ha parecido notablemente agotado por las vicisitudes, hemos entrado de inmediato en materia.

Maestro, ¿confirma el rumor según el cual su mujer estaría a punto de vender un apartamento y lo obtenido...?

Perdone, debo interrumpirlo. Desde el día siguiente que se fue de casa yo no he vuelto a

hablar con mi mujer...

Por tanto, ¿ya no ha vuelto a dar señales de vida?

Digamos que me ha hecho llegar noticias, ni siquiera indirectas. Pero volvamos al asunto. El abogado Doria, que cuida de los intereses de mi mujer, me ha informado de la venta del apartamento de Laura. El mismo Doria me ha dicho también que, por expresa voluntad de Laura, ha transferido lo ganado a una cuenta de un banco brasileño cuyo titular es un tal Wilson Peixoto.

¿Usted lo conoce?

Tuve ocasión de verlo de forma breve en la

embajada de Brasil en Roma el año pasado.

¿Cuánto suma lo obtenido por la venta?

Cuatrocientos veinte mil euros.

Se dice que en los detalles de la transferencia la señora ha querido que se escribiera «dote». ¿Significa que la señora quiere casarse con ese tal Peixoto?

Antes de poder casarse con otro debería divorciarse de mí. Y no me consta que Laura haya dado ningún paso en ese sentido. La verdad es que vosotros, los periodistas, estáis construyendo un castillo de suposiciones ridículas sobre un banal error del interlocutor brasileño del abogado Doria. Está claro que, al

decir «dote», quería decir «donación».

Pero ¿por qué la señora habría hecho una donación tan notable a alguien que le es casi desconocido?

La cosa no es del todo así. He sabido que mi mujer ha tenido encuentros con él. Al respecto, el abogado Doria me ha expresado sus temores, que yo comparto.

Es decir...

Doria cree que Wilson Peixoto puede ser una especie de gurú, de santón, como tantos que circulan en la actualidad, al frente de alguna secta más o menos secreta cuyo objetivo principal es despojar a sus adeptos de todos sus

haber. Es probable que Peixoto le haya lavado el cerebro a Laura.

En su opinión, ¿la señora ya se ha trasladado a Brasil?

Nada hace suponer que haya dejado Italia.

¿Tiene intención de intervenir de algún modo?

Si, como parece, Laura no se ha alejado voluntariamente, sino que está sujeta a una voluntad ajena, estimo más que obligatoria mi intervención.

¿Cómo?

Considerando los escasos resultados que

ha obtenido la policía italiana, intentaré movilizar a la opinión pública mundial a través de artículos, ruedas de prensa, entrevistas y cualquier otra cosa que pueda ser útil.

29 de junio de 2010

—Maurizi, ¿ha leído la entrevista de ese grandísimo capullo de Todini?

—Sí, jefe.

—¿Ha visto la amenaza final dirigida a nosotros?

—Sí, también.

—¿Sabe qué significa?

—Creo saberlo.

—Significa que tiene la intención de putearnos ante la opinión pública internacional. Él se pondrá a vociferar o a lamentarse, y a nosotros nos atacarán un montón de periódicos extranjeros que nos definirán como impotentes e ineptos. Ésos quieren que nos pillemos los dedos. Y a mí me toca las pelotas.

—Tampoco a mí me divierte.

—¿Al menos ha conseguido saber algo sobre el brasileño que tiene un nombre que parece de piloto de Fórmula 1?

—He conseguido tener una entrevista confidencial con un agregado de la embajada. Ha sido breve y escurridizo. Parecía a disgusto.

—¿Por qué?

—He tenido la clara sensación de que ese tal Peixoto no es una persona, cómo decirlo, muy grata al gobierno. Y, por tanto, tratan de no hablar de él, y si deben hacerlo hablan de mala gana.

—¿Cómo es que Todini y su mujer lo conocieron justo en la embajada?

—Quizá no pudieron evitar invitarlo.

—¡Pero si es un revolucionario!

—No lo es, todo lo contrario.

Wilson Peixoto pertenece a una de las quince familias más ricas de Brasil. Él mismo es uno de los mayores industriales del país y dueño de una petrolera multimillonaria. Además, está casado y es padre de dos hijos.

—Entonces, es por razones políticas por lo que...

—No precisamente. Parece que desde hace años se opone con dureza a todas las iniciativas gubernamentales que permiten a las multinacionales la explotación indiscriminada de la selva amazónica.

—Y a él, que se dedica a la industria y al petróleo, ¿qué le importan los

bosques amazónicos?

—A él le importan los que viven en esos bosques.

—¡Ah, entiendo! ¿Me está diciendo que protege a las tribus salvajes? ¿Millonario pero humanitario?

—Exacto.

—¿Y por qué la Garaudo le habría hecho una donación a un millonario como Peixoto?

—La verdad es que no lo sé.

—Oiga, Maurizi. He tomado una decisión.

—Dígame.

—Hay que coger el toro por los cuernos. Debe descubrir dónde está la

Garaudo y hablar con ella.

—¿Y qué debería decirle?

—Que nos redacte una bonita declaración con su firma sobre lo que ha hecho y lo que pretende hacer. Nosotros la hacemos pública y le tapamos la boca a Todini.

—Entonces, transmito...

—Usted no transmite nada. No quiero más publicidad. Continúe moviéndose con discreción, pero tan rápido como pueda. Sólo faltaría que también la señora Garaudo empezara a criticarnos.

30 de junio de 2010

—Maurizi... Soy Tolentino, de la Jefatura de Milán.

—Dime.

—Te quería informar de que la señora Garaudo estuvo en Milán hasta la

mañana del día 26.

—¿Sabes cuándo llegó?

—Entró al hotel Mediolanum en la mañana del día 25.

—¿Estaba sola?

—Sí.

—¿Tenía coche?

—No.

—¿Puedes decirme algo más?

—Sí. Le preguntó al portero a qué distancia se encontraba el castillo Sforzesco. Como estaba bastante lejos, llamó a un taxi.

—¿Y luego?

—Volvió por la tarde. Cenó en el hotel y a la mañana siguiente se hizo

acompañar a la estación. Esto es todo.

—Te lo agradezco.

—¿Diga?

—Maurizi... Soy Pirro, desde Florencia.

—Hola. Dime.

—¿Quieres saber la novedad? La señora Garaudo pasó la noche del 26 al 27 aquí, en Florencia.

—¿Dónde durmió?

—En un hotelucho de tercera categoría. Quizá porque pensaba que nadie reconocería su nombre en semejante sitio. Astuta, no hay nada que

decir.

—¿Estaba sola?

—Del todo. Pero ¿por qué ha vuelto?

—Probablemente, lo que debía realizar en Florencia lo ha programado en dos momentos distintos. Una larga estancia habría podido representar un peligro para ella. Hace estancias breves, es su sistema de defensa.

1 de julio de 2010

—Mattia, ¿eres tú?

—Sí. ¿Quién es?

—Mattia, soy Ignacio, Ignacio Torres.

—¡Hola, Ignacio! ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias.

—¿Estás en Italia?

—No, te estoy llamando desde Madrid. ¿Cómo va todo, viejo amigo?

—¿Cómo quieres que vaya? Habrás sabido que mi mujer, Laura...

—Lo sé todo, lo sé todo. Y es por eso por lo que he considerado pertinente llamarte. Tengo una buena noticia para ti.

—¿Sobre Laura?

—Sí. Está viva y se encuentra bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque la he visto.

—¿Dónde?

—Aquí, en Madrid, en la estación.

Esta mañana a las diez.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pero ¿cómo puedes...?

—Porque la llamé por su nombre y ella se dio la vuelta.

—¿Le has hablado?

—No he podido.

—¿Por qué?

—Ahora te explico. Estaba partiendo para Toledo y, mientras me despedía del amigo que me había acompañado, por la ventanilla vi a Laura en el andén. La llamé y se dio la vuelta.

—¿Te reconoció?

—¡Claro! ¡Me sonrió!

—Pero ¿no podías...?

—¿Cómo? En aquel momento el tren comenzó a moverse.

1 de julio de 2010

—Profesor Soncini, soy el comisario Luca Maurizi, de la Jefatura de Roma. ¿Se acuerda de mí?

—¿Cómo no? Buenas tardes, dígame.

—Perdone si me atrevo a molestarlo a esta hora, pero aún necesito su inestimable ayuda.

—¿Se trata de Laura?

—Sí.

—¿En qué puedo serle útil?

—Quisiera entender, recurriendo a su cultura y al conocimiento que tenía de la Garaudo, si hay un sentido, un recorrido lógico, en su peregrinación por Italia. Yo creo que sí, pero no consigo comprender cuál puede ser.

—¿Podría explicarse mejor?

—Lo intentaré, aunque no es fácil. Tengo la clara sensación de que el suyo no es un desplazamiento casual, sino que

Laura está siguiendo un trazado preciso. Con etapas obligadas. Como si hiciera un viaje iniciático o un rito purificador o una verdadera peregrinación.

—Perdone, pero ¿por qué se dirige a mí?

—Porque he pensado que hay algo que tiene que ver con sus estudios universitarios, no sé, con su juventud... En los días anteriores a la desaparición no hacía más que hablar de su tesis y del *Noli me tangere*.

—¿Sabe en qué ciudades ha estado?

—Sin duda, se ha dirigido a Florencia, a Pisa, a Milán, donde fue al castillo Sforzesco, después a Padua, a

Venecia, para luego trasladarse a Murano y, por último, a Madrid.

—Por favor, repítame todas las ciudades, así las escribo. Llámeme mañana por la mañana.

—Profesor, me da vergüenza y sé que abuso de su paciencia. Pero mañana por la mañana podría ser demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¡Dios mío!
¿Por qué?

—No se alarme. Decía que podría ser demasiado tarde para localizarla.

—Entonces, le devuelvo la llamada dentro de dos horas. Repítame el nombre de las ciudades. ¿Algo ligado a

sus estudios, ha dicho?

—Sí.

—Doctor Maurizi, soy Soncini.

—Lo escucho.

—Quizá usted tenga razón. Hay un posible vínculo entre las ciudades que la señora Garaudo ha visitado. Pero no quisiera...

—¿No quisiera qué?

—Ponerlo sobre una pista falsa.

—Por amor del cielo, ¡no tenga tantos escrúpulos! ¡Hable libremente!
¿Cuál sería el vínculo?

—*Noli me tangere.*

—¿Qué significa?

—Este tema, el *Noli me tangere*, ha fascinado a numerosos artistas en el curso del tiempo.

—¿De veras? No lo sabía.

—Entre los más importantes, le doy los nombres de Giotto, Tiziano, Correggio, Tintoretto, Hans Holbein *el Joven*, Rembrandt, Poussin... Para no hablar de la caterva de los menos conocidos.

—¿Y qué tiene esto que ver con los desplazamientos de Laura Garaudo?

—En Florencia, además del pintado por Fra Angelico, pueden verse los *Noli me tangere* en terracota de los hijos de

Della Robbia y el de Mariotto di Nardo; en Pisa hay un fresco de Ghetto di Jacopo; en Milán, en concreto en el castillo Sforzesco, está conservado el de Bramantino; en Padua hay un maravilloso Giotto en la capilla de los Scrovegni; en Murano hay otro de Salviati; y, por último, en el Prado está el de Correggio.

—Por tanto, como suponía, se trata de un viaje que tiene algo de ritual, de purificadorio...

—¿En qué sentido?

—Es una ceremonia de despedida.

—¿De qué?

—Del propio cuerpo vivido como lo

ha vivido ella.

—No entiendo.

—Perdone, profesor, pero sería largo de explicar. Tengo una última pregunta que hacerle, pero es importantísima.

—Hágala.

—Reflexione un momento antes de responderme. En su opinión, ¿cuál podría ser la última etapa de este viaje?

—Sólo podría ser Londres.

—¿Por qué?

—Porque en la National Gallery está el *Noli me tangere* de Tiziano. Que es el que más se acerca a la intuición que Laura tuvo delante del fresco de Fra

Angelico.

—Es decir...

—En ese cuadro, la mano derecha de María Magdalena se dirige con decisión al paño con que Jesús se cubre el muslo. El espectador tiene la precisa sensación de que acaban de tocarse. Y de que no volverán a tocarse nunca más.

4 de julio de 2010

—Pero ¿qué manera de proceder es ésta? ¿Quiere explicármelo?

—Jefe...

—Va y viene de Londres así, ¡hala!, sin dignarse a advertirme...

—Jefe...

—Va y viene de Londres, ¡sin dignarse ni siquiera a darme una explicación!

—Jefe...

—¡Jefe, un carajo! ¡Déjeme terminar!

—Perdone.

—¡Y luego se presenta como si nada para decirme que se ha equivocado, que no ha logrado encontrar a la señora Garaudo!

—Ha sido un error de valoración.

—¿Y piensa salir del paso así?

—Jefe, estoy dispuesto a reembolsar a la administración mi viaje en balde...

—¡Hágame el favor! ¡Reembolsar!
¡Dígame más bien por qué precisamente a usted, que es el más culto, el más brillante de mis funcionarios, se le ocurrió la formidable idea de que la señora Garaudo había ido a Londres y no a Pekín o a Tombuctú!

—Repito que fue un error y estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad. Seguía un razonamiento confirmado también por el profesor Soncini...

—¿Y ése quién es?

—Un profesor de historia del arte de la Universidad de Bolonia.

—¿Y qué tiene que ver?

—Laura Garaudo, hace trece años, se licenció con una tesis sobre Fra Angelico y él...

—¡Jesús! ¡Es de locos! ¡Ahora me sale con una historia de hace trece años! ¡Fra Angelico! No quiero oír nada más. Basta. Sólo hay una conclusión: ¡que usted no ha conseguido localizar a la señora Garaudo y que ese reblandecido de Todini celebrará una conferencia de prensa que nos dejará en evidencia delante del mundo entero! La mujer sometida por un brasileño, que la ha obligado a darle todo su dinero aunque es archimillonario. Total, un poco más de pasta nunca molesta...

—Jefe, quizá sería mejor advertir a Todini que no sostenga esta tesis.

—¿Por qué?

—Porque, en Londres, he sabido por un colega de la Interpol que Peixoto ha creado una gran organización laica de voluntarios, compuesta por médicos, enfermeros y maestros, que se han dedicado en cuerpo y alma a ayudar a los supervivientes de las tribus amazónicas. Cada voluntario también aporta a la organización una donación, lo que puede. Es un gesto que representa la renuncia de todo bien terrenal. Como es natural, el grueso de los gastos corre a cuenta de Peixoto.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¿Sabe qué haré?

—No.

—No se lo advertiré.

—¿Por qué?

—Porque así Peixoto le presentará

una bonita causa por difamación y
Todini aprenderá a no hacer el capullo.

3 de julio de 2010

—Estupendo este Tiziano.

—Sí.

—Parece que María Magdalena acabara de tocar a Jesús.

—...

—Señora, no me mire así, no tengo intención de...

—¿Cómo se ha dado cuenta de que soy italiana?

—Es sencillo. Tiene en la mano la versión italiana de la guía.

—¡Qué estúpida!

—Oiga...

—Perdone, pero no tengo ganas de hablar con nadie.

—Pero yo...

—Déjeme en paz, por favor.

—La dejaré en paz, se lo prometo, pero antes...

—¿No ve que molesta a los demás visitantes?

—Señora Garaudo, soy el comisario
Luca Maurizi.

—Ah.

—Sabe que me han encargado...

—Lo sé.

—Alejémonos un poco. Debo hablar
con usted.

—¿Qué quiere de mí?

—Solamente hablar.

—Mire que usted no puede...

—Lo sé bien, aquí no tengo ninguna
autoridad. Y usted, si quiere, puede
incluso llamar a un guardia y hacer que
me echen. Yo estoy aquí para rogarle
que me conceda un poco de su tiempo
para...

—¿Me han estado siguiendo?

—No, nunca.

—No me cuente historias.

—Le aseguro que...

—Y, entonces, ¿cómo sabía que venía aquí?

—Me ha ayudado el profesor Soncini.

—¿¿Soncini?!

—Sí, porque yo estaba convencido de que sus desplazamientos no eran casuales, de que seguían una lógica.

—Buena intuición.

—No se ha tratado sólo de intuición.

—¿Y qué más?

—De haber entendido, en parte,

cómo es usted.

—¿Qué sabe de mí?

—Bastante. He hablado con su marido, con su asistente, con el abogado Doria, con su amiga Giulia, he leído su correspondencia privada... Le pido perdón, pero he tenido que hacerlo.

—Por tanto, ¿cree que lo sabe todo de mí?

—Si lo supiera todo, no estaría aquí. Y nadie tiene ni idea que estoy aquí con usted. No he avisado ni siquiera a mis superiores de que había partido. Quisiera que usted me concediera, cómo decirlo, una entrevista en privado.

—¿Para averiguar qué?

—Para tener una confirmación.

—¿De qué?

—De lo que usted tiene la intención de hacer consigo misma. Y que yo creo haber descubierto.

—¿No le parece un poco presuntuoso?

—Quizá lo sea. Pero he leído la carta incompleta que le escribió a Wilson Peixoto.

—¿Quién se la ha dado?

—El abogado Doria. Usted se la había olvidado entre las páginas de un libro.

—Oiga, puedo concederle algunas horas. Luego debo volver al hotel, hacer

la maleta y correr...

—... al aeropuerto, lo sé. Ésta era la última etapa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Salimos?

—Está bien.

3 de julio de 2010

The Cocktail Party, de T. S. Eliot

CELIA: [...] No es que tenga miedo de que me hieran:

ya nada puede herirme o sanarme.

He pensado a veces que el éxtasis es real

aunque no sea real quien lo experimenta.

Porque lo que ha ocurrido perdura como un sueño

en que uno vive exaltado por la intensidad del amor

en el espíritu, vibración de alegría sin deseo, porque el deseo se colma en la alegría de amar. Un estado ignoto al despertar.

Pero qué, o a quién, he amado, o qué en mí estaba amando, yo no lo sé.

Y, si todo esto no tiene sentido, yo

quiero sanarme

del hambre de algo que no puedo encontrar,

y de la vergüenza de no encontrarlo.

¿Usted puede sanarme?

REILLY: Es un problema que tiene curación.

Pero el tipo de terapia debe elegirlo usted:

no puedo decidir en su lugar.

Si es lo que usted quiere,

yo puedo reconciliarla con la condición humana.

5 de julio de 2010

—¿La ha visto y ha hablado con ella?

—Sí. Usted, Giulia, es la única que lo sabe. Fue Laura quien me encomendó que se lo contara. Me ha asegurado que usted sabe mantener un secreto.

—¿Cómo estaba?

—Bien. Estaba muy tranquila y segura de sí misma, de la decisión irrevocable que había tomado.

—Es decir...

—Dar un nuevo sentido a su vida. Usted tenía razón al intuir que su crisis comenzó cuando releyó la novela que acababa de escribir. Me dijo que le pareció un insoportable testimonio de la nada, del no existir creyendo existir.

—¿Y Wilson apareció en el momento más oportuno?

—Sí. Y le indicó la única cura posible.

—Que es...

—Vivir no para sí, sino para los demás. Entregarse del todo a los demás, olvidando el propio cuerpo, sus exigencias. Por eso, antes de partir, sintió la necesidad de efectuar un viaje ritual, de volver a ver las máximas expresiones artísticas de la renuncia a los sentidos. En la organización de Wilson que se dedica a ayudar a las tribus amazónicas hay unos equipos estables, formados por pocos voluntarios, que permanecen durante al menos cinco años en contacto cotidiano con los indígenas. Laura ha decidido ser una de ellos. Antes ha realizado un curso de enfermería.

—Nunca me lo habría esperado...

—Sin embargo, es así. No creo que vuelva a ver a su amiga Laura. Y si acaso volviera a verla, pienso que no estaría en condiciones de reconocerla.

—Pero ¿usted ha conseguido saber si al menos era feliz?

—¿Feliz? No sabría decirle, quizá ésa no sea la palabra exacta. Estaba... en armonía, eso es. En armonía consigo misma. Y con el mundo.

Nota

Espero que, llegado al final, el lector se habrá dado cuenta de que esta breve novela no pretende ser un relato policíaco sobre la desaparición de una joven, sino el intento de dibujar, con medios sencillos, un retrato femenino complejo, sí, pero no tan infrecuente como pueda parecer a primera vista.

La novela está dedicada a una amiga mía brasileña que fue actriz, luego cantante y, por último, monja, y que murió asesinada por los indígenas de la Amazonia entre los que desarrollaba su misión.

No me toques
Andrea Camilleri

No se permite la reproducción total o parcial
de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea
éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros
métodos,

sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción
de los derechos mencionados puede ser
constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y
siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta
obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04
47

Título original: *Noli me tangere*

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano,
2016

I edicióne gennaio 2016

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale,
2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de
Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
(España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub):
marzo de 2016

ISBN: 978-84-233-5215-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor
Igual, S. L.

**¡Encuentra
aquí tu
próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



**¡Síguenos en
redes sociales!**

